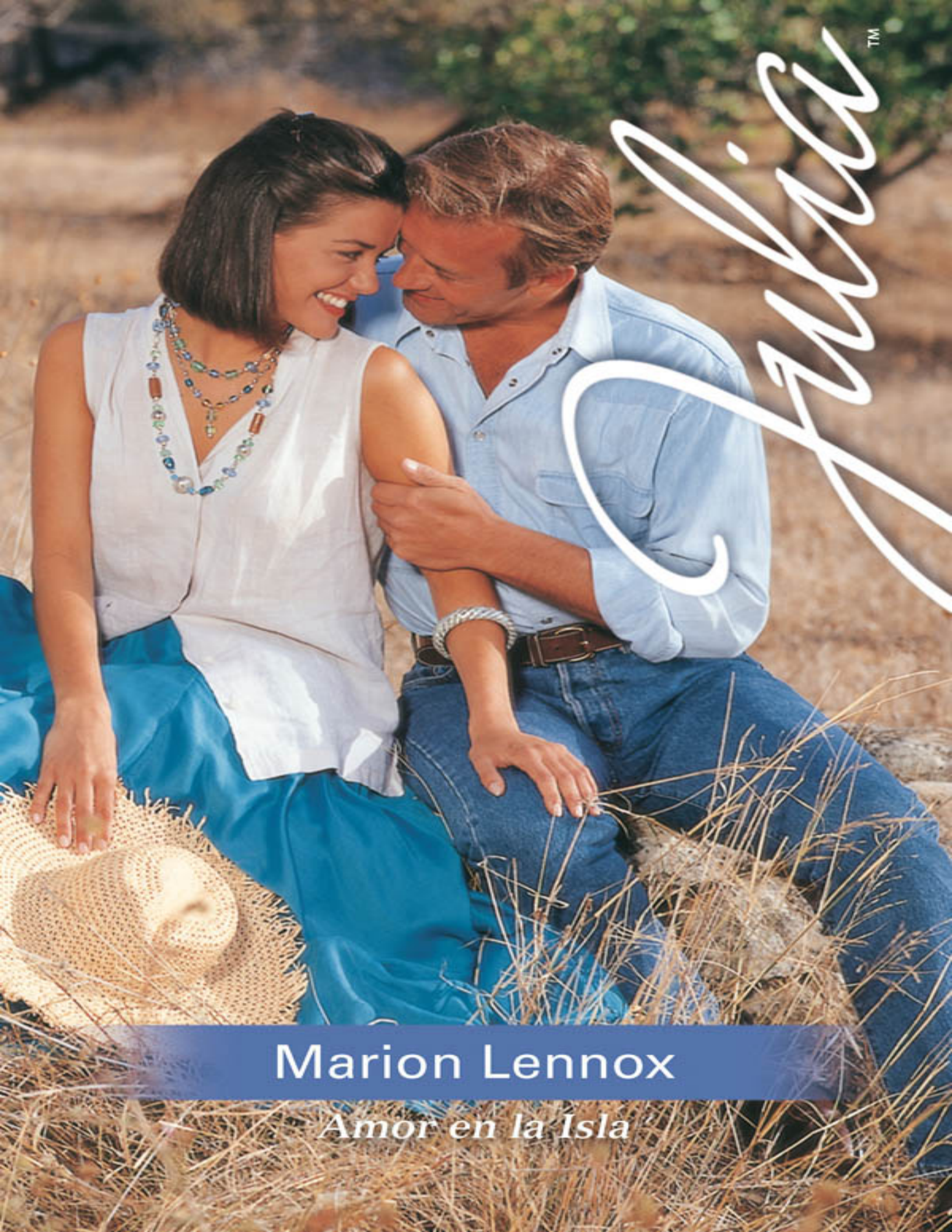




TM

Marion Lennox

Amor en la Isla

JuliaTM

Marion Lennox

Amor en la Isla



OceanofPDF.com

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2001 Marion Lennox
© 2015 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Amor en la Isla, n.º 1259 - noviembre 2015
Título original: Doctor on Loan
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2002

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Julia y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-7350-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

OceanofPDF.com

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

[*OceanofPDF.com*](#)

Capítulo 1

DE modo que aquello era el cielo.

Luces brillantes, blancas, cegadoras. Le dolía la cabeza, pero no era un dolor insoportable. ¿Por qué? Porque la mujer más bella del mundo estaba sonriéndole.

Era joven, pensó, pero no podría especificar su edad porque su cerebro no estaba para cálculos. De largo pelo castaño e increíbles ojos verdes, la chica tenía pecas en la nariz y su sonrisa, ah, su sonrisa habría noqueado a cualquier hombre.

En cuanto al resto... era de mediana estatura y con buenas curvas. Iba vestida de forma sencilla, con vaqueros y un jersey de color rojo. Las mujeres en la vida de Hugo Tallent solían ser más sofisticadas, pero aquella no lo molestaba en absoluto. Todo lo contrario.

De hecho, no había visto una mujer tan bonita en toda su vida.

Especialmente, porque no pensaba ver a una mujer nunca más.

Se suponía que estaba muerto.

—Hola. ¿Está despierto?

La voz armonizaba con la sonrisa. Pero... quizá aquello no era el cielo después de todo. El dolor que sentía en la cabeza era, de repente, muy, pero que muy real.

Y ella se dio cuenta. Los preciosos ojos verdes se oscurecieron de preocupación y cuando tomó su mano, Hugo se percató de que era cálida y muy estimulante.

—Le he dado un analgésico. Tardará un poco en hacer efecto, pero no se preocupe. Todo va a salir bien.

De modo que no estaba en el cielo. Estaba vivo. Y aquella era una mujer de carne y hueso.

«Todo va a salir bien». Hugo rebobinó aquella frase, haciendo una mueca de dolor. Las cosas no podían ir peor desde la última vez que estuvo consciente.

¿Por qué no estaba muerto? ¿Quién lo había sacado de su pesadilla?

La joven seguía mirándolo con expresión de simpatía, sin soltar su mano. De modo, que era su ángel de la guarda...

—¿Quiere casarse conmigo?

La chica soltó una carcajada. Lo estaba mirando como si intuyera que tenía una contusión cerebral.

—¿Perdone?

—Si me ha sacado del barco... —la voz de Hugo era un susurro ronco, dolorido. Pero no era el dolor lo que lo hacía decir esas cosas. No había dicho nada más en serio en toda su vida—. Si me ha sacado del barco... le ofrezco mi mano en matrimonio y la mitad de mis posesiones... No, puedo quedarse con todo.

La sonrisa femenina desapareció.

—Yo no lo he salvado —dijo en voz baja. En esa voz había calor, pero también preocupación, angustia quizá—. Ben Owen y sus amigos estaban pescando en el estuario cuando vieron su barco. El estuario está resguardado del temporal, pero el puerto no y cuando vieron el barco... Intentar llegar a puerto con la tormenta de anoche era un suicidio.

Lo era. Hugo lo había descubierto... demasiado tarde. Habría sido más sensato dirigirse hacia las rocas.

—Ben, que tiene catorce años, arriesgó su vida para salvarlo —siguió ella, con cierto tono de censura—. Se tiró al agua y lo sacó de debajo del barco. Dios debió echar una mano porque fue una locura. Por parte de los dos. Usted, por intentar llegar a puerto y Ben, por arriesgar su vida. Está en la habitación de al lado.

Hugo miró alrededor por primera vez. ¿Una habitación con luces blancas? ¿Estaba en un hospital?

Pero lo primero era lo primero. El horrible dolor de cabeza empezaba a desaparecer y podía pensar con cierta claridad.

—¿Un niño me salvó la vida? ¿Y está aquí?

—Está conmocionado y tiene una herida abierta en la mano —explicó la joven—. Parece que usted se quedó enganchado con el arnés. Por eso no

podía salir del agua. Afortunadamente, Ben lleva su cuchillo de caza a todas partes; es como un talismán. Así consiguió cortar la cuerda del arnés.

—¿Debajo del agua?

—Eso es. Debajo del agua.

—Por Dios bendito...

Hugo cerró los ojos y apretó la mano femenina buscando calor. Buscando una pizca de realidad.

Había estado tan cerca...

Idiota, idiota, idiota.

—Intente no pensarlo —dijo ella entonces, soltando su mano—. Los dos están a salvo, pero... no hemos encontrado a nadie más. ¿Iba alguien con usted en el barco?

—Afortunadamente, no —contestó Hugo.

Ese había sido el problema. Aquel maldito hermano suyo...

—Ha tenido una suerte tremenda —suspiró la joven, aliviada—. No hay traumatismo, pero le he dado varios puntos en la cabeza. Además, tragó agua y tiene una rodilla dislocada.

—Mi rodilla...

Los analgésicos estaban haciendo efecto, pero sentía un dolor general en todo el cuerpo, sobre todo en la pierna izquierda. Cuando intentó moverla, parecía pesar una tonelada.

—He conseguido volver a colocar el hueso y está bien sujeta, pero me temo que sigue hinchada. No intente moverla. Como le he dicho antes, ha tenido usted una suerte increíble.

Ella volvió a tocar su mano y Hugo lo agradeció. Después del accidente, necesitaba calor humano de una forma abrumadora.

—Gracias por todo.

—Ahora tengo que irme, pero no le dejo solo —dijo entonces la joven señalando a una enfermera—. Mary Anne se quedará con usted un rato, pero es mejor que intente dormir.

—Muy bien —murmuró él.

—Me gustaría enviarlo a Brisbane, pero hasta que pase la tormenta tendrá que cargar conmigo.

Y después de regalarle otra de sus sonrisas, la preciosa joven salió de la habitación.

—Debería enviarlo a Brisbane.

El doctor Flemming estaba sentado en la sala de enfermeras, un sitio perfecto para ver entrar y salir a la gente del diminuto hospital. Desde que sufrió la embolia, se pasaba el día allí. Y, en aquel momento, estaba mirando a su nieta con las pobladas cejas fruncidas.

Christie estaba agotada. Aquella no era vida para una chica de veintiocho años, pensó. Ni para nadie. Llevaba despierta toda la noche y seguía trabajando... Se había echado encima una carga demasiado pesada. Todo por estar con él.

Eso lo ponía furioso y decidió descargar su rabia en el paciente que estaba causando el problema.

—No te preocupes por ese maldito señoritingo. Además, es más fuerte que un caballo.

—Ha estado demasiado tiempo inconsciente, abuelo. Sé que sus constantes vitales están bien, pero si tiene algún coágulo en el cerebro... Hay que hacerle un escáner.

—Pues aquí no se le puede hacer —replicó el viejo doctor.

En la isla de Briman solo tenían un aparato de rayos X y le había costado Dios y ayuda conseguirlo.

—Lo sé. Pero me preocupa.

—Las pupilas están bien, los reflejos también y no hay signos de fractura en el cráneo. Ha tragado mucha agua, pero he visto pescadores que se han tragado litros y siguen vivos para contarlos. Además, dices que está consciente.

—Bueno, consciente... —sonrió Christie—. Me ha pedido que me case con él.

Stan Flemming soltó una risita.

—A mí me parece una idea muy sensata. Yo mismo te lo pediría si tuviera cuarenta años menos y no fuera tu abuelo.

—Me parece que no eres muy imparcial —rio ella, pasándose la mano por el pelo.

Se sentía rara. Debía ser la fatiga, pensó. Aquella noche había tenido que controlar el ataque de asma de Mary Adams y las contracciones prematuras de Liz Myers. Y después llegó la llamada del puerto.

Afortunadamente tanto Mary como Liz estaban bien y pudo salir pitando con el padre de Ben Owen. El pobre estaba enfermo de preocupación.

«No lo encuentran, doctora Flemming. Si algo le ha pasado a mi hijo...»

—Si no hubiera sido por Ben... —gruñó entonces su abuelo—. Los pescadores se arriesgaron mucho. Y tú también, saliendo con ellos en una lancha.

—Lo sé —murmuró Christie.

Recordaría el horror de la búsqueda durante mucho tiempo. El pobre Ben había pasado más de media hora en el agua, luchando con uñas y dientes por seguir a flote mientras sujetaba a un hombre inconsciente.

Fue un milagro que hubiera podido sacarlo. Era un milagro que los dos siguieran vivos.

—El pobre debió pasarlas canutas —murmuró Stan.

Ella misma se había mareado en la lancha del director del puerto, pero el mareo se le olvidó en cuanto los subieron a bordo.

Ben, exhausto, se echó en brazos de su padre mientras Christie hacía lo imposible por reanimar al hombre que acababa de rescatar. Su corazón había dejado de latir.

«No puede morir. No lo deje morir, doctora Flemming», lloraba el niño.

La madre de Ben se ahogó cuando él tenía ocho años y los recuerdos seguían siendo una pesadilla para el crío.

—La verdad es que no pude ayudarlo mucho —suspiró Christie.

Había tenido que ocuparse del ahogado usando técnicas de reanimación pero, afortunadamente, el hombre empezó a vomitar agua, volviendo así a la vida.

—Deberías haberme despertado —protestó su abuelo.

—No hacía falta.

No era cierto, pero desde la embolia no quería molestarlo con urgencias. En su estado la noche era para dormir, no para salir corriendo a reanimar un paciente.

—Habrás que enterarse de quién es —dijo Stan, levantando una ceja.

—Ahora tiene que dormir. Ya nos enteraremos.

—Pues yo puedo decirte su nombre —sonrió su abuelo. No podía ocuparse de los pacientes, pero sí podía investigar—. Su barco se llama Sandpiper y está registrado a nombre de un tal Charles Tallent, pero según parece lo patronea su hijo, Hugo. Salió de Cairns el jueves con dirección a

Brisbane. Debería haberse resguardado de la tormenta en Whitsundays... no sé por qué no lo hizo.

—Supongo que ahora lo lamenta —murmuró Christie—. Entonces... se llama Hugo Tallent.

Su paciente era un hombre muy alto, casi un metro noventa, y debía tener unos treinta y cinco años. Bronceado, con el pelo oscuro y ondulado, era de constitución atlética. Todo apariencia y nada de cerebro, seguro. Si no, ¿por qué habría salido al mar durante una tormenta? Guapo o no, debía ser un idiota.

Entonces... ¿por qué el contacto de la mano masculina había hecho que su corazón se pusiera a dar saltos?

La sensación era completamente nueva para ella. Y a la doctora Flemming no le gustaba nada. No tenía tiempo para tonterías.

Debía concentrarse en otras cosas. Cosas prácticas.

—¿Dave te ha contado qué pasó con el barco? Supongo que el señor Tallent querrá saberlo.

—Lo han llevado a la playa —contestó Stan—. Perdió el mástil y por eso seguramente buscaba puerto. Parece que tiene muchos daños, pero pueden arreglarlo.

—Desde luego, nuestro paciente es un hombre afortunado —sonrió Christie—. De modo que solo tenemos que ponerle un parche y mandarlo a casa, ¿eh? Y después, encargarnos del pobre Ben.

—Nuestro Ben es un héroe —sonrió Stan.

—Sí, pero un héroe con cicatrices. Lo de anoche debió abrir la caja de Pandora y vamos a tener que rezar para que se cierre.

Eran las tres de la tarde cuando encontró tiempo para visitar a Hugo. Estaba en la sala de cuidados intensivos, de modo que lo vigilaban todo el tiempo.

Christie necesitaba a todas sus enfermeras, pero con el peligro de un coágulo de sangre en el cerebro, no quería arriesgarse. Las constantes vitales eran comprobadas continuamente y la habrían informado de cualquier cambio, por pequeño que fuera.

No fue así, afortunadamente, y a las tres estaba casi segura de que su paciente se había recuperado.

Estaba dormido cuando entró en la habitación.

—Ve a tomar un café, Mary Anne. Yo me quedaré con él diez minutos.

Cuando estaban solos, Hugo abrió los ojos.

Y eran unos ojos muy bonitos. Grandes y de color castaño claro, rodeados de arruguitas, como los de alguien que se ríe mucho. Podía ser un bobo, pero era un bobo con sentido del humor.

Christie estudió el informe médico para comprobar si había algún cambio. No tenía fiebre, la tensión era casi normal. De hecho...

—¿Me voy a morir?

Ella se sobresaltó. La había sorprendido aquella voz tan masculina. Por la mañana, le había parecido ronca y un poco temblorosa, pero parecía haber recuperado la confianza.

—No creo —sonrió ella—. Vamos a ver cómo está el pecho —dijo entonces, apartando la sábana.

Hugo Tallent tenía un torso ancho y bronceado, cubierto con un fino vello oscuro... Por Dios, aquel hombre podría aparecer en los calendarios para mujeres.

Christie, recordándose a sí misma que era médico, procedió a ponerse el estetoscopio.

—¿Puedo preguntar...?

—Shhh. Estoy escuchando.

Silencio.

—Entonces, ¿puedo...?

—Estoy intentando averiguar si sigue habiendo agua en los pulmones —lo interrumpió ella—. Póngase de lado. Con cuidado, no se haga daño en la rodilla.

—Sí, jefa.

Christie escondió una sonrisa. Le puso el estetoscopio en la espalda, en la anchísima espalda, y... frunció el ceño.

—Vaya.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

Llevaba una bata blanca sobre los vaqueros, pero no parecía un médico. En su opinión, era demasiado joven. Y demasiado guapa.

Pero había comprobado su rodilla cuando se despertó. Si realmente había estado dislocada, y así debía ser porque le dolía como un demonio, aquella joven doctora la había colocado en su sitio con gran habilidad. Además,

Mary Anne le contó que lo había reanimado. Le debía la vida a aquella pecosa.

—Sigue teniendo fluido en los pulmones.

—Sobreviviré.

—Seguro que sí, pero debe permanecer incorporado. No quiero arriesgarme a una neumonía.

—Ni yo tampoco —sonrió él—. ¿Seguro que es usted médico?

Christie lo miró, irónica. No era la primera persona que cuestionaba sus credenciales.

—¿Quiere ver mi diploma? Sé que parezco muy joven, pero tengo veintiocho años y terminé la carrera hace cuatro —dijo, sonriendo. Hugo sintió entonces la misma emoción que había sentido la primera vez que la vio—. No estaría aquí si no fuera una profesional competente.

Él se disculpó con una sonrisa.

—Pues yo no fui muy competente intentando llegar a puerto. Creo que arriesgué varias vidas, además de la mía.

—¿Mary Anne se lo ha contado?

Su marido era uno de los pescadores que arriesgó la vida para rescatarlo y Mary Anne era de las que decían las cosas a la cara. Hugo Tallent no solo había puesto en peligro su propia vida y la de Ben, sino la de todos los pescadores que salieron al mar para ayudarlo.

—Me lo ha contado —suspiró el hombre—. Parece que la mitad de los habitantes de la isla ha arriesgado el cuello por mí.

—Ben arriesgó su vida para salvarlo. Y los pescadores, para salvarlo a él. Es un chico estupendo.

Hugo se mantuvo silencioso mientras Christie comprobaba sus pupilas y ajustaba el goteo.

—¿Cuándo puedo verlo? A Ben, quiero decir.

—No lo sé.

—Pero dijo que no estaba grave, ¿no?

—No, pero... No está preparado para recibir visitas.

—Doctora Flemming...

—Ah, ¿sabe cómo me llamo?

—Me lo dijo Mary Anne.

—Y usted es Hugo Tallent, ¿no?

—Ah. Veo que, además de médico, es usted una buena detective —sonrió él. Pero no era una sonrisa muy alegre—. ¿Hay algo que no me ha contado, doctora Flemming?

—¿Sobre qué?

—Sobre Ben. ¿Está peor de lo que me ha dicho?

Seguramente aquel hombre tenía la misma sensibilidad que un pilón de piedra, pero querría conocer al chico que lo había salvado antes de marcharse de la isla. Era lo normal. De modo que quizá debería contarle parte de la historia.

—La madre de Ben murió cuando él tenía ocho años. Estaban haciendo surf y cuando vio que al niño se lo llevaba una ola... A Ben lo encontraron horas después, flotando sobre la tabla, pero ella se había ahogado. El pobre no ha podido superar que se ahogara por culpa suya.

—Ya veo —murmuró Hugo.

—Creo que usted sigue con vida porque Ben quería sacarlo a toda costa. No podía soportar que se repitiera lo que pasó con su madre —suspiró Christie.

Hugo parecía consternado. Quizá no era tan insensible como había creído.

—Tengo que verlo.

—Hoy no va a ser posible. Recuerde que todavía no puede apoyarse en la rodilla y... ah, por cierto, el jefe de policía de Briman quiere verlo.

—¿El jefe de policía?

—Tiene que saber qué pasó. Y con quién debe ponerse en contacto.

—Sí, claro —murmuró él, pensativo—. La gente de aquí debe pensar que soy un idiota.

—Supongo que se les ha ocurrido —sonrió Christie—. Pero solemos pensar eso de todos los que no son de Briman.

Hugo Tallent tomó su mano, angustiado.

—Por favor, escúcheme... Necesito dar una explicación.

—De acuerdo.

Christie se sentó en la cama. Podía descansar cinco minutos y, además, le gustaba estar cerca de aquel hombre. No sabía por qué. Daba la impresión de necesitar urgentemente un poco de calor humano y para eso están los médicos.

—No era mi barco.

—No.

—¿Lo sabe?

En su voz había una nota desesperada. Como si supiera que, por muchas explicaciones que intentase dar, no sería capaz de explicar lo que había hecho.

Christie suspiró. Los hombres necesitan justificarse. Sobre todo, cuando han hecho una tontería. Y ella estaba dispuesta a escucharlo. Después de todo, era mejor escuchar que recetar un sedante.

—El director del puerto nos ha dicho que el barco está registrado a nombre de su padre.

—Sí. Pero mi hermano Peter lo tomó prestado.

—No entiendo.

—Nadie entiende nada de lo que hace Peter —murmuró él, con amargura—. Mi padre compró el barco cuando se retiró y desde que murió mi madre, ese barco lo es todo para él. No sé cómo lo convenció Peter para que se lo dejara... El caso es que lo llevó hasta Cairns, pero después decidió que irse a las Bahamas con unos amigos era más divertido. Así que dejó el Sandpiper en el puerto de Cairns.

—¿Y?

—Y mi padre decidió ir a buscarlo. Pero está delicado del corazón y yo me negué a que fuera porque estamos en temporada de huracanes. El problema era que si no lo llevaba a Brisbane enseguida, se quedaría en Cairns durante seis meses. Y mi padre no puede estar sin navegar seis meses —empezó a explicar Hugo Tallent—. Después de perder a mi madre, ese barco es lo único que le queda.

Christie suavizó un poco su expresión.

—Siga.

—Yo intenté contratar a una persona para que lo llevara a Brisbane, pero no encontré a nadie, así que tuve que intentarlo yo mismo. Supongo que ya se habrá imaginado que yo, de marinero, tengo poco. La radio me falló, la tormenta no terminaba nunca...

—Es raro que falle una radio —murmuró ella.

—Falló por culpa de mi querido hermano —dijo entonces Hugo, con expresión furiosa—. Vendió la buena y la reemplazó por una de mala calidad, pero yo no me di cuenta hasta que era demasiado tarde. Salí de

Cairns con intención de llegar al puerto de Brisbane, pero me pilló la tormenta y en las notas de Peter vi que Brimman era el puerto más cercano.

—Y es verdad. El problema es la bocana. Con el viento del este soplando como anoche, ni siquiera los pescadores pueden entrar en el puerto.

—Excepto cuando arriesgan sus vidas para salvarme —murmuró Hugo—. Me siento como un imbécil...

—Han salvado su barco —dijo ella entonces.

Tenía muchas cosas que hacer pero, en realidad, aquella conversación le estaba ahorrando trabajo. Hugo Tallent hablaba con coordinación, de modo que podía asegurar que el funcionamiento de su cerebro era excelente. Tener que hacer una perforación para controlar un coágulo no era algo que le apeteciese hacer en absoluto. En aquel pequeño hospital no estaban preparados para cierto tipo de exploraciones.

Su paciente estaba bien. Eso era un alivio.

Además, le daba cierta paz charlar con él. Estaba conmovido, pero tenía un aire de calma, de lucidez. Parecía un hombre seguro de sí mismo.

—¿Han salvado el barco? ¿El Sandpiper tiene arreglo?

—Parece que sí. Según los pescadores que lo han llevado a la playa, el mástil se rompió, pero lo demás tiene arreglo. Le costará dinero, claro.

—El dinero no es un problema —murmuró él—. Al menos, puedo decirle a mi padre que no ha perdido el barco. No se imagina la alegría que va a llevarse.

—Supongo que se alegrará más al saber que no ha perdido a su hijo —sonrió Christie—. Le diré a Mary Anne que le traiga un teléfono.

—Supongo que tendré que salir de la isla en avioneta.

—¿Ya quiere irse? ¿Es que no le gusta nuestro coqueto hospital? —bromeó ella.

—No es eso —dijo Hugo, mirando su pierna—. Tengo que volver a Brisbane.

—A mí me preocupa más el agua en los pulmones que la pierna. Pero ha tenido suerte. En la isla hay un fisioterapeuta retirado y le he pedido que me ayude a desplazar el fluido.

—En Brisbane también hay fisioterapeutas.

—Me temo que va a tener que quedarse durante unos días, señor Tallent. El temporal no ha remitido y no se puede salir de aquí ni en avioneta ni en

barco. Así que, a menos que quiera arriesgar más vidas, le sugiero que empiece a ponerse cómodo.

—Pero...

—Puede que tenga dinero —lo interrumpió ella—. Pero me temo que eso no le valdrá de nada. Y ahora, si no le importa, tengo trabajo que hacer —añadió, sin poder disimular su irritación. En ese momento, entraba Mary Anne—. ¿Te importa quedarte con el paciente? Volveré cuando se marche el fisioterapeuta.

—La señora Myers vuelve a tener contracciones, doctora Flemming —le informó la enfermera.

Christie cerró los ojos durante un segundo. El único respiro que podía permitirse, aunque no era suficiente. Estaba agotada.

—Le dejo en las manos de Mary Anne, señor Tallent. Descanse un poco. Después, cerró la puerta, dejándolo estupefacto.

Capítulo 2

CHRISTIE no tenía tiempo de seguir pensando en Hugo Tallent.

Liz Myers estaba pasándolo fatal.

Desde que su abuelo sufrió la embolia, no solían atender partos en Briman. Por sentido común. Las madres iban a Brisbane unas semanas antes de dar a luz y se quedaban en el hospital que les correspondiera. Aunque Christie había hecho prácticas de obstetricia, se encontraba muy limitada al tener que trabajar sola.

Hasta un par de meses antes, Stan y ella eran capaces de atender incluso cesáreas. Pero ya no. Su abuelo, además de tener paralizado el lado izquierdo del cuerpo, sufría cierta confusión y él mismo se daba cuenta de que ya no era capaz de atender a los pacientes con total seguridad.

Eso significaba que estaba sola.

Y también significaba que la sonrisa que tenía en los labios cuando entró en la habitación de Liz Myers era completamente falsa. Además de una paciente, Liz era su amiga. Y Christie rezaba en silencio para que todo fuera bien.

—¿Cómo estás?

Liz, embarazada de treinta y cinco semanas, era muy pequeña... y el niño era muy grande. El mes anterior, Christie le había pedido que fuera a Townsville para hacerse una ecografía y lo que habían visto no les gustó nada.

El ginecólogo le dijo que volviera cuando estuviese de treinta y seis semanas porque seguramente tendrían que practicarle una cesárea.

Y cuando vio las placas, ella opinó lo mismo.

Pero el parto se había adelantado. Liz estaba pálida y su marido, un hombre de más de dos metros, la miraba como pidiéndole un milagro.

—¿Puedes hacerle una cesárea tú sola? —le preguntó Henry—. El médico de Townsville nos dijo que no podría tenerlo de forma natural.

—Primero, tengo que reconocerla —lo interrumpió Christie, con el corazón encogido.

Por la noche le había puesto un goteo para detener las contracciones, pero... una mirada al rostro de su amiga le dijo que aquella vez no iban a detenerse.

Christie recordó el informe que había recibido de Townsville cuando Liz estaba de siete meses y medio:

«La cabeza del niño ya es más grande que la pelvis, de modo que el parto natural es imposible. Asegúrate de que vuelve a Townsville cuando llegue a las treinta y seis semanas».

Liz solo estaba de treinta y cinco, pero el niño parecía tener prisa por hacer. Y, aparentemente, pensaba llegar al mundo inmediatamente.

Cuando le hizo la ecografía, su corazón se encogió un poco más. Los latidos del feto oscilaban entre ciento treinta y cien.

Necesitaba ayuda urgente.

—¿Quiere que llame al doctor Stan? —preguntó Louise.

Louise era la enfermera más joven, pero incluso ella se daba cuenta de que tenían un serio problema entre las manos. La última contracción había tenido lugar dos minutos antes y cada vez eran más seguidas.

—No.

¿Qué podía hacer su abuelo, excepto ponerse furioso por no poder hacer nada?

¿Y qué podía hacer ella sola, sin anestesista, sin ayuda? ¿Por qué había elegido practicar la medicina en un sitio tan aislado?

En la universidad, sus compañeros se reían de ella: «Lo único que vas a hacer es dar puntos y llamar al helicóptero para que evacue a los pacientes».

Pero ellos no entendían cuánto amaba aquella isla. Christie, cuyos padres siempre estaban de viaje, había pasado allí sus vacaciones desde que era pequeña y estaba enamorada del mar, de las puestas de sol, de la tranquilidad y del trabajo de sus abuelos en el hospital.

De modo que cuando la abuela Martha murió, ella no dudó en ocupar su puesto. Y las cosas habían ido muy bien durante casi cuatro años, hasta que Stan se puso enfermo. La seguridad social, a quien Christie había solicitado ayuda varias veces, no parecía interesada en enviar otro médico a la isla...

Pero todos esos problemas no tenían comparación con el que tenía entre las manos: el latido del feto descendía rápidamente y si esperaba un poco más...

El niño no iba a esperar a que el temporal amainase, de modo que tendría que practicar una cesárea. Pero ella sola...

Tendría que ponerle a Liz anestesia general. Una epidural no serviría en aquel caso. No podía practicar una cesárea con la paciente despierta y en esas circunstancias.

Mary Anne podía llamar a un anestesista del hospital de Townsville que le iría dando instrucciones mientras ella operaba...

¿Y si el niño tenía problemas?

Mejor no pensar en ello. Lo más importante era Liz. Sería imposible detener la hemorragia y resucitar a un recién nacido al mismo tiempo.

No tenía alternativa. El niño no quería esperar y el informe del tiempo avisaba que el temporal no iba a alejarse en dos días. Dos días...

Cuando Christie hizo una comprobación de pelvis, descubrió que tampoco en eso se había equivocado el ginecólogo de Townsville. Era demasiado estrecha.

Lo único bueno era que el feto no había empezado a moverse todavía y que Liz no había dilatado.

Sería mejor empezar inmediatamente, cuando la situación no había llegado a un punto extremadamente peligroso. Si el latido del feto descendía, no habría tiempo de establecer comunicación con el anestesista.

—Louise, llama a Mary Anne. Dile que vaya inmediatamente al quirófano. Todo lo demás puede esperar.

Después, tomó la mano de Liz, tanto para calmar a la joven como para calmarse ella misma.

—Hay que practicar una cesárea. El pequeñajo quiere salir y no podemos esperar a que escampe.

—Pero... ¿puedes hacerlo sola?

—Mary Anne tiene experiencia como comadrona —contestó Christie, intentando sonreír—. Así que no hay problema. Tú dedícate a pensar nombres para el niño.

—Pero... ¿puedes hacerla con una epidural?

—Me temo que no. Tendré que ponerte anestesia general.

—¡Oh, no!

—No pasará nada, Liz.

Pero Christie rezaba en silencio mientras descolgaba el goteo.

Mary Anne tardaba en llegar al quirófano. Estupendo. Lo que le faltaba.

Además de rezar por Liz, tenía que rezar para que Hugo Tallent no estuviera empezando a perder la conciencia.

La idea de tener dos pacientes en condición crítica encogió su corazón durante unos segundos.

Mientras preparaba el instrumental, explicaba a Liz y a su aterrorizado marido lo que iba a hacer. En ese momento, la puerta se abrió. Gracias a Dios...

Era Mary Anne. Pero la enfermera iba empujando una silla de ruedas. ¡Y en la silla de ruedas iba Hugo Tallent!

Con una bata del hospital, la pierna estirada y el suero puesto, parecía un inválido. Excepto por su expresión. Una expresión que avisaba de que nada iba a ponerse en su camino. Christie miró a Mary Anne, pero su enfermera parecía tan atónita como ella.

—No he podido detenerlo. Ha insistido en venir.

¡Genial! Lo que le faltaba: un paciente demenciado.

—Señor Tallent, estoy muy ocupada —dijo Christie, con brusquedad—. La señora Myers está a punto de tener un niño, así que vuelva a su habitación. Ahora mismo.

—Mary Anne me ha dicho que va a practicarle una cesárea —dijo Hugo entonces.

—¿Y?

—No puede hacerlo sola.

—Claro que puedo —replicó ella, sorprendida. Lo último que necesitaba era un paciente metiéndose en sus asuntos—. Por favor, vuelva a la...

—Necesita un anestesista.

—Mire, esto no es asunto suyo. ¿Le importaría volver a la cama?

—Quiero ayudarla —dijo él entonces. A pesar de la incongruencia de la situación, la mirada del hombre parecía completamente serena—. Y no pienso volver a la cama. Soy médico anestesista, doctora Flemming.

Silencio.

¡Un médico anestesista! ¡Hugo Tallent era anestesista!

—¿De verdad es médico anestesista?

—Sí.

—Pero si es...

—¿Un inútil? —terminó él la frase, con una sonrisa—. Soy un marinero inútil, pero un buen anestesista —dijo entonces, mirando a Liz—. Terminé la carrera hace quince años y llevo diez trabajando en el hospital Royal South de Brisbane. Si su marido quiere llamar al hospital, ellos les darán las referencias que necesiten —añadió, mirando su bata—. Dicen que las apariencias lo son todo, pero no siempre es cierto. Llevo años anestesiando pacientes a los que operan a corazón abierto, de modo que puedo anestesiar para una cesárea con los ojos cerrados. ¿Qué me dice? ¿Deja que un tipo con los pulmones llenos de agua, una pierna dislocada y en bata le ponga la anestesia?

Liz estaba boquiabierta.

—Pues...

—Le aseguro que soy muy bueno. Y, aunque me di un golpe en la cabeza, estoy divinamente, como puede atestiguar la doctora Flemming —siguió él, como si estuviera anunciando un detergente—. Puedo ponerle una epidural y así verá cómo nace su niño.

—Pero... —murmuró Liz, apretando la mano de su marido—. Usted no parece un médico.

—Lo sé, pero tampoco lo parece la doctora Flemming. Y, al menos, yo no tengo pecas en la nariz. Admito que con esta bata tengo un aspecto muy poco presentable, pero no piense en ello. Concéntrese en lo importante.

Hugo alargó la mano para tomar la de Liz y, en ese gesto, Christie descubrió a un colega. Era un gesto para calmar a los pacientes que todos los profesionales de la medicina aprenden con la práctica.

Y a pesar de su aspecto, supo instintivamente que era todo lo que decía ser.

—No sé...

—Confíe en mí, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —murmuró Liz—. Yo... ¿Christie, tú crees que debo hacerlo?

—Claro que sí. Lo importante ahora es sacar a ese niño tan impaciente.

Todo funcionó a la perfección.

Christie apenas podía creerlo. Después de tanta angustia...

Habían bajado la mesa de operaciones para que Hugo pudiera observar a la paciente desde su silla de ruedas. Era una suerte que Christie no fuera muy alta y Hugo sí. Formaban un equipo perfecto.

Christie le dio detalles sobre el historial médico de la paciente y él mismo le hizo preguntas sobre alergias o reacciones a medicamentos. Estaba comprobando por sí mismo, como habría hecho ella si fuera al revés. Como haría un buen médico.

—¿Le ha dado corticosteroides?

—Dexametasona —contestó Christie.

—Bien.

Cuando empezaron a trabajar, se dio cuenta de que podía estar tranquila. Hugo Tallent sabía lo que era un quirófano. Y cuando lo vio preparar la jeringuilla con la epidural, se dispuso a monitorizar los latidos del feto.

Si ocurría algo y un tribunal médico le pedía explicaciones por dejar a un desconocido entrar en el quirófano y ponerle una epidural a su paciente... Pero era una cuestión de vida o muerte. Y debía rezar para que todo saliera bien.

La epidural empezó a hacer efecto y Hugo comprobó su monitor.

—¿Siente esto? —preguntó, tocando el abdomen de Liz. Ella negó con la cabeza—. Ya puede empezar, doctora Flemming.

Mary Anne colocó una sábana para que ni la paciente ni su marido vieran la incisión. Antes de practicarla, Christie miró a Hugo por última vez y él asintió con la cabeza. La zona estaba completamente anestesiada.

Una última mirada al monitor le dijo que los latidos del feto habían bajado a noventa y cinco. Aquel niño estaba dispuesto a nacer inmediatamente. No había más tiempo. Christie practicó una incisión transversal, como si la hiciera todos los días. ¡Ja! No había practicado una cesárea en años.

Después de apartar la vejiga, apareció el útero, estirado hasta el límite.

Mary Anne introdujo el succionador mientras ella cortaba hábilmente las membranas uterinas. En ese momento, alguien le puso los fórceps en la mano. Era Hugo, que actuaba de ayudante, además de anestesista.

La diminuta cabeza apareció entonces. Era una presentación normal. Gracias a Dios.

Liz no sentía nada y Henry, aunque pálido, parecía aguantar bien. Christie había visto hombres desmayándose en el quirófano, pero Henry parecía darse cuenta de que no había tiempo para tonterías. Le hablaba en voz baja a su mujer y ella respondía asintiendo con la cabeza mientras Christie maniobraba con los fórceps. No habría posibilidad alguna de hacer eso si la epidural no estuviera haciendo efecto.

Pero así era. No había dolor. Con cuidado, levantó al niño y lo colocó sobre el vientre de su madre.

Aquel era el momento crucial. La hemorragia, el cordón... Pero Hugo estaba allí para ayudar. Christie sacó la placenta y controló la hemorragia mientras él cortaba el cordón. Mary Anne limpió las fosas nasales y los oídos del recién nacido mientras ella suturaba el útero. Actuaban a la vez, como un equipo bien entrenado.

Y entonces, por fin, todo terminó. Christie puso al niño en los brazos de su madre, que apenas podía contener la emoción, y ella misma tuvo que aguantar las lágrimas.

Aunque quien estaba llorando era el pequeñín. Berreando más bien. Buena señal.

—Bien hecho —sonrió Hugo.

—Usted también.

—Yo solo pongo la anestesia. Pero la cesárea ha sido estupenda.

Sus halagos no deberían importarle tanto, pero así era. La hacían sentir de maravilla. La mejor del mundo.

El niño era prematuro y operando con anestesia general la placenta podría haber aplastado su diminuto cuerpo. Además, operando sola, habría corrido el riesgo de perderlo porque su prioridad era la madre.

Pero todo había terminado. Madre y niño estaban a salvo. Christie cosió la herida intentando contener las lágrimas e intentando dejar la menor cicatriz posible. Liz era muy coqueta.

—Está agotada —dijo Hugo entonces—. ¿Por qué no va a descansar un poco? Mary Anne y yo terminaremos aquí.

Eso era ir demasiado lejos. Le había permitido que pusiera una epidural, pero dejarlo solo en el quirófano... Además, Hugo Tallent seguía siendo un paciente.

—No, gracias. Mary Anne, dile a Louise que se lleve al señor Tallent a su habitación.

—Doctor Tallent —sonrió él—. ¿O es que aún no me cree?

—Lo creo —murmuró Christie. No todo el mundo sabe poner una epidural y él lo había hecho a la perfección—. Pero usted sigue siendo mi paciente. Por favor, vuelva a la cama.

Cuando Louise entró en el quirófano, Hugo hizo un gesto de rendición.

—Muy bien, doctora Flemming. Que no se diga que el doctor Tallent no sabe hacer una retirada gloriosa.

Christie terminó de suturar y comprobó las constantes vitales del recién nacido después de que Mary Anne lo lavase a conciencia. Tendría que pasar unos días en la incubadora, pero además de la pelusilla que cubría todo su cuerpo, algo habitual en los niños prematuros, estaba perfectamente. Si hubiera llegado hasta el término del embarazo habría pesado más de tres quilos.

—Hemos tenido mucha suerte —le dijo a su madre. Liz sonrió, cansada.

—Es guapísimo, ¿verdad?

—Desde luego —sonrió Christie, mirando al bebé.

—Él no, tonta. Ya sé que mi niño es precioso. Me refería al doctor Tallent.

—Ah.

—No disimules, Christie. Te gusta.

Christie volvió a la sala de enfermeras y se hizo un café bien cargado. Dejándose caer en uno de los sillones, cerró los ojos. Estaba exhausta.

Y no podía dejar de pensar en lo que había dicho Liz.

¿Le gustaba Hugo Tallent?

¡No!

Era demasiado... demasiado... ¡No le gustaba en absoluto! Liz estaba bajo el efecto de la epidural y la emoción de tener un niño. Además, ella no tenía tiempo para aventuras amorosas.

Cuando decidió practicar la medicina en Briman, había aceptado que sus posibilidades de casarse eran nulas. Para los vecinos de la isla ella era el médico, el único médico de la isla. Si alguien hubiera pensado en conquistarla para llenarla de hijos y responsabilidades, el resto de los vecinos lo habría echado de allí a patadas.

No lo decían así de claro, pero era la verdad. La doctora Flemming era intocable.

Cuarenta años antes, Martha y Stan habían llegado a la isla, casados. Christie llegó sola y así se quedaría.

—Y no me importa en absoluto —murmuró para sí misma, haciendo un esfuerzo para levantarse—. Tengo que echarme una siesta. Aunque solo sea una hora.

Se despertó a las siete de la mañana.

Christie miró el despertador, horrorizada. ¡Había dormido trece horas!

¡Trece horas!

Seguía llevando los vaqueros y el jersey del día anterior, pero la luz del sol entraba por la ventana, las olas golpeaban contra las rocas, el mar brillaba como la plata... por fin había dejado de llover y los pájaros declaraban abiertamente que era de día.

—¡Abuelo! —exclamó, levantándose de un salto.

Pero recordaba haber puesto el despertador. ¿Qué había pasado?

Además, debían haber llamado del hospital. ¿Cómo no había oído el teléfono? Tenía que comprobar cómo estaba Liz, y el pequeño, y Mary Adams y Hugo Tallent...

Su abuelo no estaba en la habitación.

—¡Abuelo!

No hubo respuesta. Pero cuando abrió la puerta, lo vio caminando hacia la casa por la carretera de la playa. Y, a su lado, con camisa y pantalón, Hugo Tallent.

Aunque la casa de los Flemming estaba muy cerca del hospital, Christie solía llevar a su abuelo en coche. Pero aquel día iba caminando.

Stan levantó una mano para saludarla, tan tranquilo.

—Buenos días, hija. ¿Has dormido bien?

—Buenos días, doctora Flemming —sonrió Hugo—. Hace un día estupendo. Si no fuera por el viento... pero estoy pensando ponerle unas velas a la silla. Así iría a toda velocidad.

Su abuelo empujó la silla de ruedas para entrar en la casa y Christie los miró, atónita.

—Pero...

—Stan me ha invitado a desayunar —dijo Hugo, tan fresco. Su abuelo estaba llenando de agua la cafetera, como si fuera lo más normal del mundo —. Me ha prometido mantequilla de la isla y mermelada de fresa. ¿Le importa, doctora Flemming?

—Yo... no. Claro que no —murmuró ella, apartándose el pelo de la cara.

—Parece molesta. ¿Verdad que parece molesta, Stan? ¿Crees que le ha molestado que yo apareciera aquí, sin avisar?

—Yo creo que acaba de levantarse. Ha dormido con la ropa puesta —dijo su abuelo—. Lo hace muchas veces. Cuando puede dormir, la pobre. Ve a ducharte, hija. Y luego, desayunas con nosotros.

—Pero... tengo que ir al hospital.

—Los pacientes están bien. Hugo y yo nos hemos encargado de todo.

«Hugo y yo...»

—¿De qué os habéis encargado exactamente? —preguntó ella, angustiada. Su abuelo había perdido facultades y si había recetado una dosis equivocada o colocado mal un goteo...

—No te preocupes. Cuando te fuiste a dormir, este joven y yo estuvimos charlando. Tú estabas exhausta y pensamos que debíamos dejarte dormir. Lo organizamos todo para que no te despertaras.

—¿Cómo dices?

—Primero le dije a Louise que viniera a apagar el despertador —contestó su abuelo, como si fuera la cosa más normal del mundo—. Llevabas más de treinta horas sin dormir.

—Pero...

—Y luego Hugo y yo hicimos una ronda. Fuimos a ver a los pacientes, comprobamos los informes, hicimos lo que había que hacer...

Christie miró a Hugo. Él parecía decirle con los ojos que todo estaba bien, que habían hecho lo que tenían que hacer.

—Abuelo...

—Y luego Hugo sugirió que yo durmiera en el hospital por si pasaba algo. Y lo único que pasó es que hubo que cambiarle el suero a la señora Grayson. Pero como los dedos de Hugo son más firmes que los míos, lo hizo él mismo.

Christie sacudió la cabeza, incrédula.

—Pero Ben...

—Hugo habló con él anoche —la interrumpió su abuelo—. Ha dormido como un tronco. Igual que tú. Así que deja de mirarnos con esa cara de preocupación y ve a ducharte. Por primera vez en tu vida, no tienes que ir a trabajar corriendo.

Christie estaba bajo la ducha, incrédula. Pero después de dormir trece horas, se sentía revitalizada.

No solo eran las treinta horas de pie. Era la angustia que llevaba meses sintiendo al tener que hacerse cargo de todos los pacientes sin que su abuelo pudiera ayudarla. Y tener que cuidar de él.

Hugo Tallent le había quitado esa carga de los hombros durante trece gloriosas horas. Y sabía, sin que él lo dijera, que había cuidado de su abuelo. Si Stan no hubiera dormido bien, no estaría tan contento por la mañana.

De modo que había dormido durante trece horas y se sentía como una rosa. No, mejor.

Después de ponerse vaqueros y una camiseta se pasó el peine por el pelo húmedo y, por alguna razón, se miró al espejo durante largo rato. Su reflejo la sorprendía. Era como si estuviera cambiando algo en ella, pero no sabía qué.

Ridículo. Estaba imaginando cosas.

En la cocina, los dos hombres estaban haciendo tostadas francesas. Hugo mojaba el pan en el huevo y su abuelo lo echaba en la sartén. Christie tuvo que parpadear.

Y Hugo también.

—¡Qué guapa!

Sin maquillaje alguno, con el pelo mojado y descalza, estaba guapísima.

—Mi Christie es una chica muy guapa —sonrió Stan.

—Desde luego. Yo nunca he visto un colega tan guapo como ella.

—Venga ya —murmuró Christie, intentando cambiar de conversación. Pero se había puesto colorada—. ¿De verdad no tengo que ir al hospital corriendo?

—Glenys está a cargo de todo y llamará si pasa algo —dijo Hugo.

—¿Glenys?

—La enfermera jefe.

—¡Sé muy bien quién es Glenys, señor Tallent! —replicó ella, exasperada—. Lo que no entiendo es que usted lo sepa.

—Conozco a todo el mundo —sonrió él, señalando los pantalones vaqueros y el jersey de lana beige que llevaba puestos—. Esto me lo ha traído Mary Anne. Y, de paso, me ha contado todo sobre la isla y sus habitantes. Si quiere saber algún cotilleo, pregúnteme.

—Pero...

—¿Una tostada? Están muy buenas.

—Tengo que irme. El niño de Liz...

—Le hemos dado suero —la interrumpió Hugo—. Yo creo que podemos sacarlo de la incubadora para que la señora Myers le dé el pecho, pero he preferido dejarle esa decisión a usted.

—Todo está controlado. Entre los dos, hacemos un buen médico, Christie.

Ella miró a su abuelo y se le hizo un nudo en la garganta. Stan se había sentido tan humillado, tan destruido por su embolia que... pero en una noche Hugo Tallent le había devuelto la dignidad.

Christie tomó una servilleta de papel y se sonó la nariz.

—¿Ha pillado un resfriado? —preguntó Hugo, con una sonrisa en los labios.

—No, es... alergia.

—Sí, claro. Al viento.

—Usted sabe bien que hay muchos tipos de alergia.

—Yo solo soy un médico anestesista y un marinero de agua dulce —bromeó él—. Pero ahora sé hacer algo más. ¡Tostadas! Pruébelas, doctora Flemming. Se quedará sorprendida.

Las tostadas nunca le habían sabido mejor. Sentada frente a la mesa de la cocina, con un buen café y un plato de tostadas francesas, estaba como flotando.

Hugo Tallent la hacía reír. Escuchaba, hablaba, hacía bromas... y su abuelo se reía a carcajadas. Se reía como no lo había hecho desde que murió la abuela Martha.

Los dos disfrutaban de su compañía. Tenían tan pocas posibilidades de hablar con otros médicos...

Y Hugo era un buen médico. Además de bromear hablaron sobre medicina, sobre nuevas drogas, nuevos métodos. Parecía tan interesado

como ella en su carrera.

Después de dos cafés y tres tostadas, Christie se dio cuenta de que eran las nueve y se levantó, con desgana. Tenía que pasar consulta a las diez y antes debía echar un vistazo a los pacientes ingresados...

—Pero antes tienes que examinarme la pierna —dijo Hugo—. Tengo que deshacerme de esta silla de ruedas. No puedo quedarme aquí.

—No puede marcharse de la isla —protestó Christie. Quizá lo había dicho con demasiada precipitación, quizá había algo en su tono... porque él sonrió.

—Estoy empezando a resignarme. Pero tengo que solucionar lo del barco de mi padre. Ayer hice un par de llamadas y, por lo visto, tendré que quedarme hasta el viernes.

El viernes. Quedaban cinco días. Sin saber por qué, Christie se sintió más animada.

Pero no tenía sentido. ¿Animada por qué?

—Muy bien.

—Mary Anne me ha dicho que hay un hostel al otro lado de la isla. Ya que me he dado el alta a mí mismo, con permiso de la doctora Flemming...

—Puede quedarse aquí —dijo su abuelo entonces—. ¿Te importa, Christie?

—Es muy amable, pero...

—De amable, nada. Es una proposición comercial. Puedes pagarme haciendo el desayuno todas las mañanas —sonrió Stan, encantado—. Y contándonos cosas de Brisbane. A veces, mi nieta y yo nos aburríamos hablando de lo que pasa en la isla.

Christie miró a su abuelo, sorprendida. ¿Se aburría con ella? Era la primera vez que decía algo parecido.

Ella sí se aburría. O, más bien, se sentía sola.

—Gracias. Será un placer —dijo Hugo entonces—. Si me quito los pantalones, ¿podría mirarme la rodilla, doctora Flemming? Así podrá tacharme de la lista de inválidos.

Capítulo 3

LA rodilla, aunque dislocada, no tenía mal aspecto. Christie hubiera querido examinarla en el hospital, pero Hugo Tallent, recién invitado por su abuelo a quedarse en la casa, no parecía querer moverse de allí.

—No pienso volver. En un hospital me gusta ser el que lleva el estetoscopio.

Debería dar igual dónde lo examinara, pensaba Christie mientras le quitaba la venda. Solo era una rodilla. Estaba, por casualidad, pegada a la pierna de un hombre... pero ella era médico.

Entonces, ¿por qué al ver a Hugo tumbado en la cama, solo con los calzoncillos y el jersey, se había puesto nerviosa?

Y él se daba cuenta de que la alteraba.

—¿Qué tal?

Podría haberla examinado él mismo, pero parecía encantado dejando que lo hiciera ella. Christie tuvo que hacer un esfuerzo para levantar la pierna y hacer girar la rodilla, sin dejar de observar el rostro de su risueño paciente.

—¿No le duele o se está haciendo el fuerte?

—¿Cree que me estoy haciendo el héroe? Doctora Flemming, si me duele se lo diré.

—¿Le duele o no?

—Me duele como si fuera un esguince. Y tengo sensación. Parece que me la colocó en su sitio a tiempo, así que no hay daño en el nervio. Es solo una cuestión de músculos doloridos.

—Ni yo misma lo habría dicho tan bien —sonrió Christie.

Pero dejó de sonreír inmediatamente. Sonreírle a aquel hombre era peligroso. Si lo hacía, él sonreiría también y entonces...

—Gracias.

—Póngase el pantalón —dijo ella, con más brusquedad de la necesaria—. Puede dejar la silla de ruedas, pero debe usar una muleta. Cualquiera de los bastones de mi abuelo le servirá. Y mantenga la pierna en alto el mayor tiempo posible.

—Sí, jefa —sonrió Hugo, levantándose. Sin los pantalones era tan atractivo, tan masculino... y seguía riéndose—. Supongo que en esta isla no hay taxis, ¿no?

—¿Para qué necesita un taxi? Pasear es bueno, doctor Tallent.

—Con la rodilla así, no creo.

—¿Dónde piensa ir?

—Al puerto —contestó él—. Quiero ver el barco de mi padre.

Christie vaciló un momento, pero después se encogió de hombros.

—El coche de mi abuelo está en el cobertizo. Es viejo, pero funciona, y no creo que le importe prestárselo si...

—¿Si le digo que venga conmigo?

—Eso es —sonrió ella.

Su abuelo sufría mucho con la inactividad. Era duro para un hombre que había sido médico durante toda su vida tener que resignarse a no hacer nada.

—Será un placer.

—Gracias.

En ese momento, alguien llamó a la puerta.

—Ah, visita. Será mejor que me ponga los pantalones.

Christie asintió. Cuanto antes se vistiera, mejor.

Christie salió del dormitorio, pero su abuelo ya había abierto la puerta. Era Mandy King, una chica de diecisiete años a la que ella tenía mucho cariño. Con las trenzas despeinadas y la camiseta sucia parecía un chico, pero prometía ser una belleza.

Su madre lo era, desde luego. Y seguramente Mandy siempre iba con botas y pantalones rotos para molestarla. Nunca sería tan fina como ella, de modo que, ¿para qué intentarlo?

Pero en aquel momento, su problema era un terrier que llevaba en los brazos. La pobre cría parecía acongojada.

—¿Qué ocurre, Mandy? —preguntó Stan.

Su abuelo había traído al mundo a aquella niña, como a la mayoría de los vecinos de la isla de menos de cuarenta años.

—Es Scrubbit.

Toda la isla conocía a Scrubbit. Cuando la madre de Mandy le prohibió quedarse con el perro, la niña se puso en huelga de hambre. Cinco días después, su abuelo tuvo que intervenir.

«O se queda con el perro, o usted se queda sin hija».

Aquel había sido el primer triunfo de Mandy sobre Gloria.

—Entra, Mandy. ¿Qué ha pasado? —preguntó Christie.

—No puede andar —contestó la chica—. El otro día, cuando rescataron a ese hombre en el puerto, Scrubbit desapareció. Lo encontré ayer, debajo de mi ventana —explicó Mandy, aguantando las lágrimas—. Creo que tiene las patas traseras paralizadas.

Scrubbit tenía cinco años, de modo que no era un problema de artrosis.

—Deja que lo eche un vistazo —murmuró Christie, poniendo al animal sobre la mesa de la cocina.

El perro no podía mantenerse sobre las patas traseras. Estaba en apariencia sentado, pero la postura no era natural.

El pobre no se quejó mientras le hacía un reconocimiento. Solo la miraba como diciendo «haz conmigo lo que quieras, estoy en tus manos».

—Mi madre ha dicho que hay que sacrificarlo —dijo entonces Mandy—. Anoche pensé llevarlo al hospital, pero mi madre me dijo que estaba usted muy ocupada y... yo no tengo dinero para pagar, pero si a mi perro le pasa algo...

La pobre cría se dejó caer en una silla, llorando amargamente.

—¿Y esas lágrimas? —escucharon una voz entonces. Era Hugo. Con los pantalones puestos, por supuesto.

—Un perrito enfermo —contestó Christie—. No te preocupes por el dinero, Mandy. A los amigos no se les cobra.

Como si hubiera entendido, Scrubbit levantó la mirada y a ella se le encogió el corazón.

—¿No hay veterinario en la isla? —preguntó Hugo.

—Yo soy la veterinaria.

—¿Tiene el título?

—No, pero no me queda más remedio que atender a los animales —contestó Christie, intentando que no la distrajera. Y aquel hombre la

distraía. Mucho—. Abuelo, ¿puedes darme el estetoscopio?

Stan lo sacó de un cajón, como si fuera perfectamente natural para ellos atender a un perrito en la mesa de la cocina.

Mientras escuchaba el corazón del animal, todo el mundo se quedó en silencio.

—El corazón está bien. Sujétalo mientras le tomo la temperatura.

Stan le dio un termómetro y Hugo levantó las cejas al ver dónde se lo ponía.

—Supongo que ese no es el termómetro que usa con los seres humanos.

—No —sonrió Christie—. Este es solo para los animales.

—Entonces, ¿de verdad cuida a los animales de la isla?

—Alguien tiene que hacerlo. Mandy quiere estudiar veterinaria, pero hasta que tenga el título...

Hugo se quedó atónito. Aquella chica llevaba sobre los hombros no solo el hospital, sino a los animales de Briman. No sabía cómo era capaz de trabajar tanto.

—La temperatura también es normal —dijo Christie entonces, mirando el termómetro—. Si ha sufrido una conmoción, parece que ya se le ha pasado.

—Lo tuve en mis brazos toda la noche —explicó Mandy—. Lo metí en mi cama con una bolsa de agua caliente, pero mi madre no lo sabe.

—Buena idea lo de darle calor. Seguramente, le has salvado la vida.

—Pero, ¿qué le pasa?

—Creo que lo ha atropellado un coche.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó la chica.

—Mira las uñas —contestó ella, tumbando al perrillo con mucho cuidado—. Las tiene destrozadas. Cuando un coche atropella a un animal, el pobre se agarra al pavimento como puede. La noche del rescate había muchos coches yendo y viniendo y seguramente alguno le dio un golpe —añadió, mirando a Hugo.

Una mirada que a él no le gustó nada.

—Pero... si está paralizado... es la espina dorsal —lloró Mandy, angustiada—. Lo quiero mucho, pero no quiero que tenga que arrastrarse lo que le queda de vida.

Toda aquella escena tenía fascinado a Hugo. Y no se la habría perdido por nada del mundo.

—No abandones la esperanza tan pronto. ¿Sabes si puede orinar?

—Sí —contestó Mandy—. Esta mañana lo ha hecho. He tenido que sujetarlo, pero no levantaba la pata.

—Esa es una buena noticia —sonrió Christie—. Si puede usar los músculos para orinar, significa que no hay daño en la espina dorsal. Hay que llevarlo al hospital para hacerle una placa de rayos X.

—¿La administración sabe que usa los rayos X con animales? —preguntó Hugo, atónito.

Christie lo fulminó con la mirada.

—No, doctor Tallent, no lo sabe nadie. A menos que usted piense decírselo.

—Yo... no.

—La gente de Briman financió en parte el hospital y Scrubbit forma parte de Briman. Además, este perrillo ayuda a reducir la población de ratas y eso es un beneficio para la comunidad. Así que tiene derecho a rayos X.

—¿Y la cabra de Rannikin también hace un beneficio a la comunidad? —preguntó Mandy, riendo—. Porque la operó el año pasado.

—Sí, bueno, la cabra de Rannikin es buena para Briman porque... se come la hierba. Y la hierba, a veces, es venenosa —contestó Christie, mirando a Hugo para ver si se atrevía a contradecirle—. Bueno, vámonos. Estamos perdiendo el tiempo.

—¿Puedo ir también yo? —preguntó Hugo. No se perdería aquello por nada del mundo—. Pero... ¿no tenía consulta esta mañana?

—Los vecinos de Briman saben que las urgencias tienen preferencia. Y Scrubbit ha sido atropellado.

¡Aquello era increíble!

Llegaron al hospital en el coche de Christie y, cojeando, Hugo siguió a las dos mujeres hasta la sala de rayos X.

Para su asombro, ninguna de las enfermeras pareció sorprendida al ver a Scrubbit.

—¿Qué le parece, doctora Flemming? —preguntó Glenys.

—Tiene roto el fémur —contestó Christie, mirando la placa—. Pensé que podría ser la espina dorsal, pero no hay daño en las vértebras. ¿Hay mucha gente en la consulta?

—Me temo que sí —contestó la enfermera.

—Di que llegaré en diez minutos —dijo Christie, haciéndole un gesto a Mandy para que mirase las placas—. Es una fractura limpia. ¿Ves? Eso es el

fémur.

—¿Cree que va a recuperarse?

—Yo diría que sí —contestó ella—. Sobre todo, desde que tenemos un médico anestesista en la isla.

—¿Yo? —exclamó Hugo, incrédulo.

—¿Conoce algún otro anestesista por aquí? —preguntó ella, irónica—. Se preguntaba cómo podía devolver el buen trato que está recibiendo en Briman y yo creo que ya tengo la respuesta.

—Ah, ya veo. Qué lista.

Christie hizo una mueca.

—Por cierto, ¿tu madre sabe que no estás en clase, Mandy?

La chica apartó la mirada.

—No.

—¿Te ha preguntado por Scrubbit esta mañana?

—A ella le da igual que se muera.

—¿Y si llamo a la señorita O'Shea y le explico lo que pasa? Solo son las diez, así que solo te habrás perdido una clase.

Helen O'Sea, la directora del colegio, era amiga suya y Christie sabía que se pondría de su lado.

—Pero no quiero dejar solo a Scrubbit.

—Lo trataremos como a un rey. Le daré un analgésico y se quedará dormido, no te preocupes.

Mandy se lo pensó un momento.

—De acuerdo.

—El doctor Tallent tiene que leer todo lo que encuentre sobre anestesia para perros pequeños, así que no lo operaremos hasta esta tarde. ¿Quieres venir a ver la operación?

—¿Puedo?

—Si quieres ser veterinaria, lo mejor será que empieces a acostumbrarte.

—¿Cómo piensa arreglarle el hueso?

—En humanos se suele poner una prótesis, pero en los animales pequeños se deja hasta que fabrican una especie de eslabón natural. La pata se le quedará un poco tiesa, pero podrá caminar. Le seguirás queriendo aunque cojee, ¿no?

—Claro que sí —contestó Mandy, abrazando a su perrillo—. Pensé que iba a morir.

—No se morirá. Además, tenemos un especialista en anestesia aquí mismo. Ningún perro podría pedir nada mejor.

Hugo no daba crédito.

Cuando Christie entró en la consulta, él volvió a casa y le pidió a Stan textos de veterinaria. No podía negarse, especialmente porque ella había dejado muy claro que «la noche del rescate había muchos coches yendo de un lado a otro». La muy bruja lo había hecho responsable por el accidente de Scrubbit.

En realidad, le divertía todo aquello. Era sorprendente, pero divertido. Aquella isla era un sitio muy especial.

Stan, por supuesto, no parecía en absoluto sorprendido.

—Ah, sí. Ahora mismo te los doy. Aquí hemos operado de todo, desde una foca hasta una cabra. Y una rana. La pobre murió, pero fue culpa mía. Creo que le puse demasiada anestesia. A ver si esta vez tú lo haces mejor.

Pasaron un par de horas estudiando la anatomía de un perro del tamaño de Scrubbit y Stan parecía estar pasándolo estupendamente.

Debía haber sido un buen médico. Como resultado de la embolia estaba un poco desorientado, tenía problemas para concentrarse o repetía alguna frase sin darse cuenta, pero seguía siendo una gran ayuda. Hugo preguntaba y él le daba la respuesta correcta o la buscaba en los textos.

Por fin, cuando supo todo lo que tenía que saber sobre anestesiar perros, sacaron el viejo coche del cobertizo y bajaron juntos al puerto. Pero ni siquiera los daños en el barco lo deprimieron. Y el viejo doctor Flemming parecía igual de contento. Sobre todo, porque Hugo caminaba tan despacio como él.

—No tienes ni idea de lo que es no sentirme solo en mi invalidez . Tú estás peor que yo, amigo —le dijo, riendo.

Por fin, volvieron a casa y, por alguna extraña razón, Hugo se sentía fenomenal.

La rodilla dislocada, el barco hecho polvo y como proyecto inmediato, operar a un perro. Sin embargo, estaba más contento que unas pascuas.

Quizá porque Christie comería con ellos. Quizá...

Christie llegó a casa a las dos, alegre y llena de vida después de dormir trece horas por primera vez en meses. Debía ser eso, se decía a sí misma.

No era por Hugo...

Normalmente, era ella quien hacía la comida, pero para su sorpresa, la mesa estaba puesta y la comida, hecha. Un montón de sándwiches de...

¡Salmón ahumado y aguacate!

Stan y Hugo sonreían como dos niños. Parecían dos conspiradores, pensó Christie.

—Estos no son sándwiches normales —anunció, como si fuera una sentencia. No quería ni pensar cuánto habrían costado. Pero, incapaz de esperar más, tomó uno de ellos—. Mmm... está buenísimo.

—Invita Hugo. Doris tenía caviar, aguacate y salmón que le habían quedado sin vender desde la fiesta de los Pierce, pero Hugo lo compró todo.

—¿Caviar? —repitió Christie.

—Para la cena. Hugo dice que es para celebrar la operación del perro. Este chico tiene más dinero que sentido común.

«Hugo dice...» «Hugo hace...» Era como si Hugo Tallent fuera su amigo de toda la vida. No era normal en su abuelo entusiasmarse tan rápido por una persona.

—Más bien, «este chico» pensaba que no iba a comer nunca más —sonrió el susodicho—. Tome otro sándwich, doctora Flemming.

Christie se sentó a la mesa con su abuelo y aquel hombre que sonreía y la hacía sentir como no se había sentido nunca. Como... ¿como una mujer?

Tonterías. Solo era amable. Inteligente, simpático, guapo...

—He estado hablando con Ben —dijo entonces Christie para interrumpir tan absurdos pensamientos—. Esta tarde le doy el alta.

—Me alegro mucho.

—Lo sé. Y sé lo que ha hecho.

—¿Yo?

—Cuando entré en la habitación de Ben, me lo encontré riendo, rodeado de compañeros. Toda la clase había ido a visitarlo. Y Helen O'Shea me ha dicho de quién había sido la idea.

—Yo no... —empezó a decir Hugo.

Pero Christie no quería interrupciones.

—Y según Ellie, nuestra reportera local, esta mañana ha entrevistado a nuestro nuevo inquilino, abuelo. Por lo visto el doctor Tallent le ha dicho que, si no hubiera sido por Ben, él estaría muerto y que sus padres debían estar muy orgullosos... En fin, para acortar la historia, Ellie va a publicar el

artículo y seguro que Ben se siente muy feliz, pensando que su madre estaría orgullosa de él.

—No es para...

—Además, le ha dicho a Ben que es el chico más valiente que ha conocido nunca y que había sido para él como un ángel de la guarda. ¿Y sabéis lo que Ben me ha preguntado? «¿De verdad cree que mi madre se sentiría orgullosa de mí?» Se me ha hecho un nudo en la garganta, claro.

—Yo no... —empezó a decir Hugo de nuevo, pero ella no pensaba dejar de hablar. Estaba demasiado contenta.

—Cuando me encontré con su padre en el pasillo, el hombre me dijo que casi era como antes de morir Sue. Que Ben había cambiado, como si la tristeza hubiera desaparecido. Así, como os lo digo.

Christie miró al hombre responsable de aquel cambio.

—Yo solo...

—Si supiera cuántas veces he intentado hablar con Ben —siguió ella, como si el pobre no hubiera abierto la boca—. Mi abuelo y yo hemos intentado por todos los medios devolverle la alegría. Pero llega usted, se ahoga, el niño lo saca del agua y problema solucionado. Hugo Tallent, es usted el marinero más espantoso de Australia, pero ahora mismo podría darle un beso.

Hugo dejó el sándwich en el plato.

—¿Y por qué no lo hace? —preguntó, con esa sonrisa que podría derretir un bloque de hielo—. A mí me encantaría.

—No, mejor le doy un beso a mi abuelo —sonrió Christie, besando a Stan en la nariz.

Pero al ver la expresión triste de Hugo, se inclinó y le dio un besito en los labios. Nada, apenas un roce. Pero se puso como un tomate.

Y a él le había gustado también; le había gustado tanto como a ella.

¿Cómo sería besarlo de verdad? Un beso largo, profundo, apasionado...

¡Por Dios bendito, Christie Flemming!

Christie mordió su sándwich con una fiereza que sería más razonable en un náufrago.

Stan empezó a hablar sobre la inspección del barco y sobre lo que habían leído sobre veterinaria, afortunadamente, y ella se dispuso a escuchar sin mirar a Hugo de nuevo.

Era demasiado peligroso.

OceanofPDF.com

Capítulo 4

DESPUÉS de comer, Christie vio a varios pacientes, la mayoría de los cuales solo quería hablar sobre el rescate del náufrago. ¿Cómo pensaba ella que afectaría a Ben? ¿Cómo era el rescatado? ¿Era médico de verdad?

Después de recetarle al recalcitrante señor Gregg sus píldoras para el reumatismo, se despidió de Louise. Por fin, tenía tiempo para pensar en Scrubbit.

Y en Hugo.

Se sentía verdaderamente rara. Había estado pensando en Hugo todo el día. Y cada vez que pensaba en él se sentía... ligera, alegre, como una quinceañera a punto de tener su primera cita.

Lo cual era una tontería, se dijo a sí misma. En un par de días se habría marchado. Hugo Tallent volvería a Brisbane, ella seguiría con su trabajo y jamás volverían a verse.

—Y no hay nada más que hablar —se dijo a sí misma, mientras se dirigía a la parte trasera del hospital—. Me da igual que se marche.

Pero seguía sintiéndose ligera y alegre.

No volverían a verse cuando se fuera de Briman, pero, por el momento, tenían una cita para operar a Scrubbit.

—Dime otra vez por qué no podemos ponerle una prótesis.

El pequeño quirófano de la parte trasera estaba casi tan bien equipado como el que usaban con las personas y le daba pena ver al triste perrillo sobre la mesa, sedado.

Si iban a operarlo como si fuera una persona, ¿por qué no podían ponerle una prótesis? Después de ver la placa de rayos X de Scrubbit, no era muy diferente de la de un ser humano.

—Una prótesis nos vendría muy bien —dijo Christie, colocando el instrumental.

La única diferencia con el quirófano normal era que allí no había enfermeras, pero ella se portaba como si operase a un perro todos los días. Lo cual no era cierto, desde luego.

—¿Entonces?

—¿Tienes idea de lo que cuesta una prótesis?

—Yo... no, la verdad es que no.

—Las prótesis humanas están subvencionadas por la seguridad social, pero para los animales no hay subvenciones. Yo corro con los gastos de esta operación, pero no me da para mucho más.

—Ah, ya veo.

—Además, una prótesis tardaría en llegar a Briman y habría que comprobar si le vale a Scrubbit —murmuró Christie, concentrada en el instrumental—. Cada perro es de un tamaño diferente. Incluso siendo de la misma raza, pueden variar de tamaño y la prótesis podría no valer. Además, tendría que ser de acero inoxidable y solo las fabrican en Sidney, así que...

—Vale, vale —sonrió Hugo—. ¿Dónde has aprendido todo eso?

—Leyendo. Por aquí no hay mucho que hacer por las noches, la verdad —contestó ella. Y después se arrepintió. A Hugo Tallent no le interesaba su vida social. O su falta de ella—. ¿Preparado?

—Preparado.

Por alguna razón, estar a solas con él la ponía nerviosa y se sintió aliviada al oír los pasos de Mandy.

—Aquí está el tercer miembro del equipo quirúrgico. Mandy, ¿quieres darle un abrazo a Scrubbit antes de que Hugo le ponga la inyección?

Fue una operación asombrosa. Hugo intubó al perrillo bajo la mirada angustiada de su dueña, y comprobó sus constantes vitales bajo los efectos de la anestesia como si fuera el máspreciado de los pacientes.

Y lo era. Christie estaba tan concentrada como si operase a su propio abuelo.

La mascarilla solo permitía ver aquellos asombrosos ojos verdes. Y sus dedos. Tenía dedos de cirujano. ¿Dónde había aprendido a operar con tanta

habilidad y por qué trabajaba en una isla cuando podría hacerlo en un gran hospital?, se preguntó. Aquella mujer podría ser una cirujana estupenda.

Podría ganar una fortuna y, sin embargo, no iba a ganar nada con aquella operación. Todo lo contrario. Tendría que pagarla de su bolsillo.

Pero eso no parecía preocuparla. Con cuidado, limpió los fragmentos de hueso y después realizó una artroplastia, la extirpación de la cabeza del fémur.

En un humano aquella operación sería imposible porque no podría caminar, pero...

—Scrubbit tiene cuatro patas y pesa muy poco —dijo entonces Christie, dirigiéndose a Mandy—. Según los expertos, o más bien según los libros, durante unos días no podrá usar las patas, pero poco a poco, irá naciendo una especie de eslabón, hecho de su propio cartílago. Scrubbit aprenderá a usar la pata buena y, aunque cojeará para siempre, podrá tener una vida muy larga.

Mandy asintió. No había apartado los ojos del animal durante toda la operación y Hugo se maravilló de sus nervios de acero. No todo el mundo puede observar una operación sin desmayarse. Ni siquiera hizo una mueca cuando Christie serró el hueso, un sonido nada agradable.

Satisfecha por fin, la hermosa doctora Flemming cerró la incisión. Hugo estaba concentrado en el monitor, pensativo.

—Me han dicho que quieres ser veterinaria, Mandy.

La chica lo miró como si de repente hubiera recordado que estaba allí.

—Sí. Pero no creo que pueda.

—¿Por qué?

En realidad, conocía la respuesta. Para entrar en la facultad de veterinaria, como en la de medicina, se exigen las mejores notas y no todo el mundo puede entrar.

—Por el dinero —contestó Mandy—. Supongo que, al final, acabaré trabajando en el puerto, limpiando pescado —añadió, con amargura.

Christie estaba empezando a relajarse. En apariencia, practicaba aquel tipo de operación todos los días, pero no era verdad. Aquella era la primera vez que serraba un hueso.

Había pasado una hora buscando en Internet para encontrar la página de un veterinario de Brisbane especializado en cirugía. Internet y el portal

médico al que pertenecía eran una bendición para alguien que trabaja en un sitio tan aislado.

Aun así, le había resultado muy difícil, pero intentaba disimular.

—Mandy podría entrar en la facultad de veterinaria. Helen O'Shea me ha dicho que sus calificaciones van a ser las mejores de la historia en Briman.

—Pero eso no vale de nada —suspiró la chica, acariciando al perrillo dormido—. Espero que ocurra un milagro, pero la verdad... no sé para qué sigo estudiando.

—¿Cuándo terminas el instituto? —preguntó Hugo.

—Este año. Pero...

—¿Pero?

—Ni siquiera podría estudiar con una beca. No tengo dinero para pagarme el alojamiento en Brisbane —contestó la cría—. Así que trabajaré en el puerto durante unos años, ahorraré todo lo que pueda y a lo mejor entonces...

Unos años limpiando pescado le robarían toda la ilusión. Y tener que ahorrar cada céntimo sería demasiado. Acabaría por abandonar.

—Mandy...

—¿Qué? —preguntó ella, sin mirarlo.

A Hugo se le encogió el corazón. Christie y Mandy tenían mucho en común. Eran especiales. Aceptaban retos imposibles sin siquiera poner mala cara. Y aquella chica se merecía una oportunidad.

—Si consigues entrar en la facultad, yo pagaré tu alojamiento. Y si la beca no cubre libros y viajes, también me encargaré de eso.

Silencio. En el quirófano había absoluto silencio, roto solo por el ruido del respirador artificial que proveía a Scrubbit de oxígeno.

—El anestésico debería dejar de hacer efecto —dijo Christie, sin poder disimular su enfado—. Por favor, doctor Tallent, compruebe que todo va bien...

—Sí, claro —contestó él, guiñándole un ojo a la atónita Mandy—. La doctora Flemming no cree que lo haya dicho de verdad. Pero cuando digo una cosa, la cumplo. Yo pagaré tu alojamiento y lo que necesites en Brisbane para que, algún día, seas tú quien opere a perros como Scrubbit.

—¿Tiene idea de lo que le ha ofrecido?

El paciente empezaba a respirar por sí mismo y Christie había sacado a Hugo del quirófano prácticamente a empujones.

Estaba furiosa. Se había quitado la mascarilla y lo miraba como si quisiera fulminarlo.

—Claro que sí.

—Es una crueldad por su parte...

—¿Qué es una crueldad? —la interrumpió Hugo.

Pero no podía dejar de mirarla a los ojos. ¡Eran como fuegos artificiales! Solo por eso merecía la pena enfadarla, pensó.

—Decir que va a pagarle una carrera de cinco años —contestó ella, pronunciando cuidadosamente cada sílaba, como si estuviera hablando con un tonto—. Eso costaría una fortuna. Aunque consiguiera una beca, pagar un apartamento, la comida, los libros... Sus padres ni siquiera lo han considerado, pero no porque sean egoístas, es que no tienen dinero.

—Pero yo sí.

—Ya, claro —replicó ella, cada vez más enfadada—. Estamos hablando de una fortuna, doctor Tallent. Una carrera cuesta mucho dinero, como usted sabrá bien. Y el sueño de Mandy es ser veterinaria.

—Por eso he hecho la oferta.

—Si hace esa oferta y después se echa atrás, le romperá el corazón.

—No tengo intención de echarme atrás.

Christie lo miró durante largo rato sin decir nada, sorprendida.

—¿No lo dice de broma?

—Yo no bromearía con algo tan serio.

—Hugo... —empezó a decir ella entonces, tuteándolo por primera vez—. ¿Tienes idea de lo que costaría eso?

—Yo trabajé para pagarme la carrera, así que sé muy bien lo que cuesta.

—Pero...

—¿Pero qué?

—No lo entiendo —murmuró Christie, quitándose la redecilla—. ¿Por qué?

—Porque quiero hacerlo.

—¿Te sientes agradecido por estar vivo? Se te pasará, Hugo. Yo aconsejo a mis pacientes no tomar ninguna decisión importante hasta seis meses después de una operación. Volverás a Brisbane y te olvidarás de Mandy...

pero entonces tendrás que seguir haciendo honor a tu promesa y te quedarás en la ruina.

—No me quedaré en la ruina.

—Sé lo que gana un especialista en Brisbane. ¿Y si te casas? ¿Y si quieres comprar una casa?

—Christie, ¿quieres dejarlo de una vez? —sonrió Hugo—. Al final, vas a convencerme para que no lo haga.

—Es mejor convencerte ahora que cuando Mandy lleve seis meses en la universidad —replicó ella—. No tienes ni idea de lo que eso significaría.

—Supongo que lo mismo que para ti. O para mí. Siempre quise ser médico. Así que deja que lo haga, Christie. Supongo que sus padres no pondrán ninguna objeción.

—¿A la Fundación Hugo Tallent para nuevos veterinarios? No, claro que no. Estarán encantados de librarse de ella... —Christie se mordió los labios, incómoda—. No debería haber dicho eso, pero es que su madre es un horror.

—Ya me lo imagino.

—Hugo, no puedo dejar que lo hagas. No puede ser.

Él dejó escapar un suspiro.

—Ya tengo una casa, bastante grande además. Y no pienso comprar otra. La educación de Mandy no me dejará en la calle, no te preocupes.

—No puedo...

—¿Creerlo? Si así te sientes mejor, pondré el dinero en un fideicomiso a nombre de Mandy. Así no tendrás que preocuparte.

—¿Has ganado la lotería o qué? —preguntó Christie, atónita.

—Lo siento, pero cómo gano mi dinero es cosa mía —rio él.

Si lo supiera, ¿sería como las demás mujeres?, se preguntó. Pero no podía ser. Christie Flemming era diferente.

—Claro que es cosa tuya. A mí me da igual.

—Te aseguro que tengo suficiente para ayudar a Mandy.

—Si lo dices en serio...

—Por supuesto.

—Si supieras cómo había deseado poder ayudarla...

—¿Y cómo es que tú no tienes dinero? ¿Es que no te pagan aquí?

—Ah, o sea que tu dinero es cosa tuya, pero yo tengo que enseñarte mi cuenta corriente —bromeó ella.

—No, tienes razón.

Pero Christie no tenía nada que esconder.

—En esta isla viven quinientas personas y ninguna de ellas tiene un seguro privado. Este hospital es de la seguridad social y el sueldo es mínimo.

—Pero si hay muchos pacientes...

—Sí, pero a mí no me pagan más por tener más pacientes. Además, eso no me importa. Lo que me gusta es trabajar aquí, conocer a todo el mundo por su nombre, hacer por ellos lo que pueda...

—O sea, trabajar por casi nada —sonrió Hugo.

—Eso es. Pero a mi abuelo y a mí nos da igual comer bocadillos.

—Esta noche, no. Esta noche tenemos caviar.

—Ah, es verdad —sonrió Christie.

Tenía la impresión de que podía confiar en él. Si tenía dinero y quería ofrecérselo a Mandy de corazón... Que aquella niña pudiera estudiar era maravilloso.

—Será mejor que hables con ella. Seguro que está preguntándose si ha oído bien.

—Espero que se alegre.

De repente, Christie se sintió tan contenta por lo que aquel hombre iba a hacer que se puso de puntillas y le dio un beso en los labios. Fue un beso alegre, lleno de amor y de agradecimiento. Pero terminó antes de que él, atónito, pudiera responder.

—Es increíble —dijo, dando un paso atrás. Hugo estaba un poco pálido, notó—. Vaya a hablar con su protegida, doctor Tallent. Mientras, yo voy a ver si mis pacientes se están portando bien. Dame una hora y nos encontraremos en casa, para cenar caviar. Y puede que, de postre, tengamos chocolate. ¡Esta noche estamos de fiesta!

Hugo alargó la mano y acarició su cara, con una cálida sonrisa.

—Christie...

—¿Sí?

—Nada.

No se le ocurría nada que decir.

Capítulo 5

CHRISTIE hizo su ronda en un tiempo récord.

—Es estupendo, ¿verdad? —sonrió Liz, cuando Christie le contó lo que Hugo iba a hacer por Mandy—. ¿Qué estás haciendo aquí? Yo que tú, no me separaría de él ni con agua caliente.

—¿Por qué?

Liz la miró, irónica.

—No es que yo quiera sugerir nada, pero ¿no sería maravilloso que el doctor Tallent se enamorase de nuestra doctora? Sería genial que viniera a vivir aquí. Así, trabajaríais juntos y... —una mirada al rostro de Christie hizo que Liz interrumpiera sus sueños—. No he dicho nada. Pero podría ser, ¿no?

Qué bobada, pensaba ella mientras volvía a casa. Sin embargo, le ardía la cara al pensarlo. Tenía que poner los pies en la tierra. Hugo Tallent era un estupendo anestesista, un especialista de Brisbane. Alguien que gana dinero, al contrario que ella. Jamás querría vivir en una isla como Briman...

Sin embargo, aquella noche estaba alegre. «Podría ser, ¿no?» No podría ser, pero daba igual.

Inconscientemente, levantó la mano para tocarse la cara, donde la había tocado Hugo.

—No ha llegado todavía —dijo su abuelo antes de que ella preguntase.

Los lunes, Stan y sus amigos jugaban al ajedrez en la taberna del pueblo y estaba poniéndose la chaqueta.

—¿Qué has hecho con él? —preguntó Christie, divertida.

—¿Yo? Nada. Aunque no sería mala idea, ¿eh? Ponerle una cadena y tirar la llave. Si pudiéramos conseguir un buen médico como Hugo en la isla...

—Ni lo sueñes —sonrió ella—. Hugo gana mucho dinero en Brisbane.

Christie le contó lo que pensaba hacer por Mandy y su abuelo se quedó perplejo.

—Sabía que los especialistas ganaban mucho, pero tanto...

—Quizá trabaja en un hospital privado, uno de esos que solo aceptan pacientes millonarios. O en una clínica de cirugía estética. Ahora, todo el mundo se hace algún retoque y la anestesia es sencillísima.

Stan no parecía interesado en saber de dónde sacaba el dinero su amigo. ¿Por qué iba a importarle? No era asunto suyo. Y tampoco lo era de Christie.

Pero... ¿dónde estaba Hugo?

Doug Connor llegó entonces para buscar a Stan y Christie decidió volver a la clínica. Lo buscó en todas las habitaciones, pero no estaba. Y tampoco estaba con Scrubbit, que dormía plácidamente. Mandy, después de saber que había dicho en serio lo de pagar su carrera, debía haber vuelto a casa para estudiar como una loca. Cuanto mejores fueran sus calificaciones, más posibilidades tendría de conseguir una beca.

Quizá Hugo había ido con ella para hablar con sus padres. Pero no podía ser... La casa de Mandy estaba lejos y su abuelo se había llevado el coche.

—¿Dónde está, Scrubbit? —murmuró Christie, acariciando al animal. Por supuesto, el perro no contestó—. Seguro que Mandy te lleva con ella a Brisbane. Aunque sea en una maleta.

Cuando se volvió para salir al pasillo, vio unos papeles sobre el monitor. ¿Unos papeles? Christie no recordaba haber dejado nada allí. Curiosa, leyó el primero de ellos: era un informe detallado sobre la operación de Scrubbit. ¿Quién lo había redactado? Hugo, por supuesto. Fascinada, siguió leyendo. Allí estaban todos los detalles de la operación, no solo los médicos, sino el sonido de la sierra al cortar el hueso, la expresión de Mandy...

Aquello era rarísimo.

La puerta se abrió entonces.

—Vaya, me has pillado. Venía a buscarlo.

—Hola —murmuró Christie, soltando el informe.

¿Por qué? Aquel era su quirófano, su papel... Su paciente.

¿Y por qué había escrito Hugo el informe?

—¿Qué eres, un espía?

—No —rio él—. Bueno, sí. Soy un espía y tengo una misión. La CIA me ha pedido que investigue por qué los perros de esta isla están tan sanos y he

descubierto el secreto. ¡Los perros de Briman llevan una piedra de kriptonita en el fémur! ¡Son superperros!

Christie tuvo que soltar una carcajada. Nunca había conocido a alguien como él.

—Sí, claro. En cualquier momento, Scrubbit va a despertarse con una capa roja —dijo, sin dejar de sonreír—. Hugo, ¿por qué...?

—Me gusta recordar las cosas —contestó él—. En caso de que...

—¿En caso de que un perro sin la cabeza del fémur te pida explicaciones?

—Eso es.

La expresión del hombre le decía que no pensaba hablar en serio. De modo que Christie decidió tomárselo a broma.

—¿Seguro que no estás aquí para despedirme porque me dedico a operar perros?

—¿Tú qué crees?

—No lo sé —se encogió ella de hombros—. Es una de mis pesadillas. Un inspector descubre que hago rayos X a los perros, o que el otro día le di a Bert Soren una dosis doble de antibióticos...

—¿Una dosis doble de antibióticos, doctora Flemming? ¿Bert es drogadicto?

—Él no, su vaca.

Hugo soltó una carcajada.

—¿Una vaca?

—Se cortó con el alambre de una cerca —explicó Christie, intentando mantenerse seria—. Lo confieso. Le doy antibióticos a las vacas.

—Bonita confesión, doctora Flemming —dijo él entonces, levantando su barbilla con un dedo—. Es una pena que no pueda usarla. Yo no soy un inspector ni un espía.

—Ya lo sé —sonrió Christie, intentando disimular el cosquilleo que le producía la proximidad del hombre—. Un inspector no habría venido en barco.

—De modo que la vaca de Bert puede seguir tomando antibióticos.

—Eso espero. Le dije que le diera las pastillas con yogur porque si no, no sé cómo va a tragárselas.

¿De qué estaba hablando? No tenía ni idea. Solo sabía que miraba los ojos de Hugo Tallent y sentía escalofríos.

—Buena idea lo del yogur. Incluso podría hacerlo ella misma.

—Sí, claro.

—¿Nos vamos? Creo que nos espera el caviar.

Christie seguía sin saber por qué había tomado notas de la operación, pero el calor de sus manos, el brillo de sus ojos, su sonrisa... No tenía fuerzas para seguir preguntando.

En realidad, ¿qué podía preguntar? Era relativamente normal tomar notas sobre una operación. El problema era que ella no solía tener tiempo.

—Yo... tengo una idea mejor.

—¿Qué?

—No podemos cenar solo caviar. ¿Te gustaría ir a pescar gambas?

—¿Gambas?

Quizá era una idea tonta, pero Hugo solo estaría allí un par de días más y podría ser divertido. Le gustaba mucho la compañía de aquel hombre.

—Esta noche no hay luna, así que es una noche perfecta.

—Una noche sin luna... —sonrió él. Después, hizo un gesto dramático—. La criada lanzó un grito desgarrador. En el piso de abajo, el mayordomo corrió, despavorido, hacia la puerta. Los sabuesos aullaban y la sangre caía del techo... ¿Seguro que quiere ir conmigo, doctora Flemming?

Estaba segura. Muy segura.

—Me gustan las gambas. ¿Sabes que es fácil pescarlas cuando no hay luna?

—Ni idea. ¿Tú crees que debemos ir? Hace un viento horrible.

—El estuario está muy abrigado. Los acantilados forman un refugio natural, así que esta noche podríamos pescar un montón de gambas.

—¿Por qué esta noche?

—Pues... yo solía hacerlo cuando era niña. Pero ahora, cada vez que le digo a alguien que quiero ir a pescar gambas, aparece un cubo lleno en la puerta de mi casa. Les encanta regalármelas, así que nunca puedo ir a buscarlas.

—Ya entiendo.

—A la gente de Briman le gusta verme en el hospital, pero a nadie se le ocurriría invitarme a pescar. La gente de aquí es así. Y si insisto en ir, me dan la mejor red y el mejor sitio. Y si no pesco tantas como ellos, me dan las suyas. O sea, que es imposible.

—No es como cuando eras niña, ¿eh?

—Nada es lo mismo. Pero contigo...

—Yo también soy médico y no te tengo ningún respeto —rio Hugo—. Pero estoy cojo, ¿recuerdas?

—Ah, es verdad. No había pensado en ello, pero no es problema. El bote de mi abuelo es bastante profundo. Puedes estirar la pierna y limitarte a echar gambas en el cubo.

Si había algo que gustase a Hugo Tallent era una nueva experiencia. Especialmente con una mujer como ella.

—¿Esta noche no estás de guardia?

—Siempre estoy de guardia —contestó Christie—. Pero llevó el móvil. Si pasa algo, remaremos como locos.

—Muy bien. Doctora Flemming, la sigo —sonrió Hugo.

Fueron tres horas mágicas. Hugo nunca había experimentado una sensación como aquella.

Bajo la pared del acantilado, el mar era tan tranquilo como un lago. Pero solo en el estuario. Podían oír el viento soplando en el puerto, con la misma fuerza que la noche de su «naufragio».

Para atraer a las gambas, Christie usaba una linterna que colocó debajo del bote. Las incautas se acercaban, atraídas por la luz, y lo único que ella tenía que hacer era atraparlas con la red. Y él, meterlas en un cubo.

Lo estaba pasando como un niño...

¡Metiendo gambas en un cubo!

Pero, sobre todo, observando a Christie. Dentro del mar, con el agua por la cintura.

Era como si hubiera cambiado de personalidad en cuanto entró en el bote. Con pantalones cortos y chubasquero, parecía tan decidida a pescar gambas como si llevara seis días sin comer.

Era tan diferente de las mujeres que él conocía...

Desde que se hizo famoso, había conocido todo tipo de mujeres, pero la mayoría de ellas falsas y frívolas. ¿Quién le habría dicho que una chica bajita, con la nariz llena de pecas podría hacer lo que ninguna otra había hecho?

Ninguna de las que conocía se metería en el agua para pescar gambas. Eso, desde luego.

—¿No tienes frío?

—No. Hace una noche preciosa...

Pero, de repente, ocurrió algo. Christie lanzó un grito y empezó a mover las piernas, asustada.

—¿Qué ocurre?

El grito debía haberse oído hasta en Brisbane.

—¡Suéltame, bicho! —estaba chillando ella.

Hugo se puso de pie en el bote, intentando averiguar qué estaba pasando allí. No veía nada, pero un hombre tenía que hacer lo que tenía que hacer.

A pesar de la rodilla dislocada saltó del bote y, una vez en el agua, levantó a Christie en brazos. Entonces descubrió cuál era el problema: tenía un pulpo enredado en el tobillo.

Christie movía la pierna, histérica, pero el pulpo estaba bien agarrado.

—¡Hugo, ayúdame! ¡Qué asco! —exclamó al ver los tentáculos—. ¡Quítame eso de encima!

De un manotazo, Hugo apartó a la criatura. El pobre pulpo estaba más asustado que Christie y salió huyendo como un nadador olímpico.

—Solo era un pulpito.

—Es que me dan un asco... —murmuró ella.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó Hugo, sin soltarla.

—No, qué va.

—Deja que te mire el tobillo... ¡Tienes sangre!

—Es que me he dado una patada yo misma. Intentaba quitarme al pulpo y al final me he destrozado el tobillo —rio Christie—. Qué tonta, si no me diera tanto asco podíamos haber cenado pulpo con salsa picante. Gambas, caviar, pulpo... ¡menuda cena!

Hugo no tuvo más remedio que sonreír.

Aquella no era una de las chicas de Brisbane. No. Incluso después del susto, podía reírse de sí misma.

Seguía teniéndola en sus brazos y sentía... algo extraño. Ella estaba riendo, sin darse cuenta de que el chubasquero, empapado, se pegaba a su piel...

Era una hechicera.

Y, de repente, deseaba besarla más de lo que lo había deseado nunca.

Las mujeres que él conocía habrían enredado los brazos alrededor de su cuello aprovechando la oportunidad... pero era por el dinero, por la fama.

Christie no sabía quién era. Y, en lugar de besarlo, lo que hacía era apartarse para mirar alrededor.

—He perdido la red. ¡Maldita sea! Tenía seis gambas estupendas —empezó a quejarse—. Ah, ahí está. Suéltame, Hugo.

Un segundo después, nadaba tranquilamente para recuperar sus gambas. Como si el abrazo no la hubiera afectado en absoluto.

Al contrario que a él.

Hugo solo podía mirarla, atónito.

—¡Quedan tres! Y son las gordas.

—Estupendo. Yo tengo treinta en el cubo. ¿Nos vamos ya?

Christie lo miró con atención.

—¿Te has hecho daño en la rodilla?

—No.

Sin decir nada, ella metió la cabeza debajo del agua.

—Lo siento mucho, doctor Tallent —sonrió unos segundos después, quitándose el agua de los ojos—. Pero me temo que la venda está «un poco» mojada.

—Ya me imagino —sonrió Hugo.

—Pero no importa. He traído ropa seca. Y una gasa nueva, por si acaso te mojabas. ¿A que soy muy lista?

Él no daba crédito. Estar con aquella chica era como meterse en un mundo irreal, un mundo lleno de sensaciones que desconocía.

—Muy lista.

No sabía lo que le estaba pasando. Era como estar en una película. De la que no tenía guión.

—Podríamos cenar en la playa. He traído el caviar.

—¿De verdad?

—De verdad —contestó Christie, vaciando su red en el cubo—. ¿Puedes subir solo al bote o subo yo primero para tirar de ti?

Y lo haría. Seguro. No había nada que aquella mujer no pudiera hacer.

—No, yo lo haré.

—La verdad... tirarte al agua con esa rodilla dislocada no ha sido buena idea.

—¿Ah, no? —replicó él entonces, riendo—. Pues entonces no deberías haber gritado como si estuvieras siendo atacada por un tiburón.

—Es verdad. Perdona —rio Christie.

—No importa. Encantado de arriesgar mi rodilla para salvarte.
Era cierto. Y volvería a hacerlo. Tantas veces como ella quisiera.

Llegaron a la playa, arrullados por el sonido de las olas. Podían oír el viento que soplaba en la bocana del puerto, pero allí, abrigados por el acantilado, estaban como en un paraíso.

Después de atracar el bote en la arena, Christie le dio una bolsa de plástico con ropa seca.

—Cortesía de Mary Anne. Aunque creo que es la mujer de Dave quien ha sacado tu ropa del barco para lavarla. Podemos apagar la linterna para cambiarnos. Tú mira para allá y yo miraré para el otro lado.

Hugo obedeció. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Además, estaba tan... desorientado, si esa palabra podía definir sus sentimientos.

Cuando encendió de nuevo la linterna Christie, con jersey y pantalones vaqueros, estaba secándose el pelo con una toalla.

No se daba cuenta del efecto que ejercía en él. No se daba cuenta de que no podía apartar la mirada de aquel precioso trasero.

Estaba tan segura de sí misma... no necesitaba coquetear, ni hacer las cosas que otras mujeres hacían para llamar su atención.

Con unos cuantos periódicos que llevaba en la bolsa, media docena de palos y una cerilla, preparó inmediatamente una fogata en medio de la playa. Mientras él se limitaba a mirarla como si fuera un quinceañero fascinado.

—Antes de hacer las gambas podemos tomar el caviar.

El olor del mar, el ruido de las olas, el sabor del caviar en la oscuridad... todo ello se unía para hacer de aquella cena la más deliciosa en la vida de Hugo.

—Esto está buenísimo.

—Pues ya verás lo ricas que están las gambas —sonrió Christie, colocando un recipiente lleno de agua salada sobre la hoguera.

Seguía hablando como si cenara en una playa oscura con un hombre todos los días. No parecía sentir la atracción que sentía él, la magia que lo hacía no despegar los ojos de aquella chica pecosa.

—Solo hay que dejarlas sobre el fuego unos minutos, si no, se ponen duras como piedras. ¿Ves? En cuanto se ponen rositas...

Lo que siguió fue media hora muy pegajosa: pelaban cada gamba, tiraban las cáscaras al fuego, echaban unas gotitas de limón y se las comían con los dedos.

Nunca nada le había sabido tan bien. Pero no podría decir si era la cena, el mar, el paisaje o... Christie, cuyo rostro, iluminado por las llamas de la fogata era tan hermoso que...

No era la noche. Era ella.

—Christie...

—¿Qué?

—Nada.

—¿Por qué me miras tan serio?

—¿Yo? No... solo te miraba comer las gambas.

—Para que lo sepas, yo las como de una forma muy elegante, mientras tú...

—¿Qué pasa conmigo?

—Que haces ruido.

—¿Cómo?

—Que haces ruido cuando te comes las gambas —rio Christie, tomando una y metiéndosela en la boca—. Se hace así, ¿ves? No ha quedado más que la cola. Y yo no hago ruido —insistió, pizpireta—. Mientras tú, te la metes entera en la boca y para sacar la cola haces un ruidito...

—Christie...

—Es la diferencia entre cirujanos y anestesiistas.

—Vaya, gracias. ¿Has hecho cirugía?

—Solo un año. Después, murió mi abuela y...

—¿Viniste a vivir aquí?

—Eso es —suspiró ella, dejándose caer sobre la arena—. Es un sitio precioso y la gente me necesita. ¿Qué más puede pedir uno?

¿Qué más podía pedir él?

El rostro femenino, el calor de la arena... Era imposible resistirse. Hugo le puso una mano en el hombro.

—Christie...

Ella lo miró. No parecía asustada, ni siquiera sorprendida.

—Dime.

—Quiero besarte.

Los ojos verdes lanzaban destellos.

—Seguro que me sabe la boca a sal.

Eso fue todo. Ni sorpresa, ni protesta, ni falso rubor.

—A mí también.

—¿Quieres comprobarlo?

¿Que si quería comprobarlo? Un segundo después, Hugo estaba sobre la arena con ella encima.

Y sus labios se encontraron en un beso que no parecía terminar nunca.

Una vida no podía cambiar en un solo segundo. No era posible. Pero cuando Hugo la tuvo en sus brazos, una vez que saboreó sus labios... Un beso y su vida había cambiado. Irrevocablemente.

Christie era diferente y sus labios le parecían una extensión de sí mismo.

O quizá había un vacío en su interior que ella llenaba perfectamente.

Cuando la rodeó con sus brazos, sus curvas lo marearon a pesar del grueso jersey. Era tan deseable... Era una bruja que lo tenía hechizado. Aquella noche, en aquel sitio...

Con aquella mujer.

Christie se estaba ahogando de placer.

Sabía que si quería hacer el amor con ella, le diría que sí. Nunca había conocido a un hombre que la hiciera sentir lo que Hugo Tallent la hacía sentir.

Tenía veintiocho años. Era la doctora soltera de Briman y los hombres como Hugo...

No había hombres como Hugo para ella. Su vida estaba allí, en la isla, mientras que él...

Pero aquella noche era diferente. Aquella era su noche.

—Hugo...

—¿Sí?

Christie metió la mano por debajo de su jersey. No había que decir nada más. De alguna forma, sabía que aquella noche era especial para los dos.

Pero, desgraciadamente, Christie era médico.

Y, como tantas noches, su móvil empezó a sonar.

Cuando se apartó, Hugo emitió un gruñido de protesta. Ella se apartó, despeinada y preciosa, para contestar.

—Espero que se hayan equivocado —murmuró él, sonriendo de tal forma que Christie estuvo a punto de mandar al diablo a quien estuviera al otro lado del hilo.

—Ojalá.

—Dile que se tome una aspirina y después, vuelve conmigo, mi amor —susurró Hugo.

«Mi amor».

Pero Christie no podía pensar en eso. Al fin y al cabo, era el único médico de Briman y se debía a sus pacientes.

OceanofPDF.com

Capítulo 6

UNA aspirina no iba a hacer nada por Don Parker.

—Está muerto —le dijo Emily, histérica—. Mi padre está muerto.

—Emily...

—Es culpa mía —lloró la joven—. Ayer me enfadé con él porque me dijo que cocinaba fatal, así que hoy no le llevé la cena. Lo llamé por teléfono para ver cómo estaba y como no contestó, me acerqué a su casa... —siguió Emily, intentando hacerse entender entre sollozos—. Y estaba muerto, doctora Flemming. El pobre debió sentirse tan solo...

—No es culpa tuya —la interrumpió Christie—. ¿Estás segura de que ha... muerto?

No sería la primera vez que la llamaban para avisar del fallecimiento de alguien a quien solo había tenido que dar un analgésico.

—Completamente.

—¿Estás sola o hay alguien contigo?

—Estoy sola.

—Llegaré dentro de quince minutos.

—Doctora Flemming, perdone que la haya molestado... en el hospital me dijeron que estaba usted fuera hasta mañana.

—Estoy fuera, pero llevo el móvil, como siempre —dijo Christie, ahogando un suspiro de resignación.

Esperaba que Emily no lo hubiera notado.

—Tengo que irme.

—Nos vamos los dos —dijo Hugo.

—No hace falta que vengas. Te dejaré en casa.

—Voy contigo —insistió él, tomando los remos.

Christie estaba muy seria. Era como si hubiera esperado que ocurriera algo así. Como si hubiera esperado que la noche no terminara como ella

quería.

La pobre se tomaba unas horas libres para pescar gambas y pasar un rato en la playa y... Hugo hubiera deseado poder aliviar su carga.

Mientras pescaba, parecía una niña. Y seguía siéndolo debajo de aquella capa de responsabilidad. Una niña encantadora y preciosa que...

No debía seguir con aquellos pensamientos. Pero no podía evitarlo.

Debería haber insistido en que se quedase en casa. Después de todo, ¿cómo iba a ayudarla a examinar un cadáver?

Don llevaba años sufriendo del corazón, de modo que su muerte no era del todo inesperada. Solo habría que certificar el fallecimiento, llamar al seguro y estar un rato con Emily.

Hugo no podría hacer nada.

Pero...

No quería protestar. Hugo quería pasar algún tiempo con ella y Christie disfrutaba tanto de su compañía...

Don estaba muerto, sin duda alguna. Emily, una chica bajita y delgada de treinta y cinco años, se puso a llorar de nuevo mientras Christie lo examinaba.

El hombre había muerto en paz. Estaba viendo la tele y tenía la cabeza caída sobre el pecho. Seguramente, murió sin darse cuenta.

—Debió ser muy rápido, Emily.

La pobre intentaba calmarse, pero no encontraba consuelo.

—Es la primera noche desde que murió mi madre que no le traigo la cena —decía, sollozando—. Todo por una estúpida discusión. Mi padre llevaba unos días de mal humor, por eso me dijo que cocinaba mal. Pero no debería haberme enfadado. El pobre debió esperarme y se preocupó al ver que no venía...

—Emily, si hubiera estado preocupado o asustado, te habría llamado por teléfono. ¿No crees? Y si hubiera sentido algún dolor, habría intentado pedir ayuda.

—No, mi padre no era así. Seguramente me esperó, cada vez más enfadado, y la rabia hizo que le diera un ataque al corazón —lloraba Emily.

—Lo dudo mucho —intervino Hugo entonces—. Emily, soy el doctor Tallent. ¿Te importa si examino a tu padre? ¿Le importa, doctora Flemming?

—Claro que no —contestó Christie.

—Emily, ¿a qué hora sueles venir para traerle la cena?

—Pues... a las nueve más o menos.

—Ahora son las once. Christie, ¿tienes un termómetro?

—Sí —contestó ella, abriendo el maletín—. ¿Para qué...?

—Vamos a ver una cosa —dijo Hugo, colocando el termómetro en la axila del difunto.

Christie lo dejaba hacer. Cuando Hugo Tallent estaba trabajando, parecía completamente seguro de sí mismo. Y era interesante observarlo.

—¿Qué hace? —preguntó Emily.

—Veinticinco grados —murmuró él, sacando el termómetro.

—No entiendo —murmuró la joven.

—La temperatura normal de un ser humano es de treinta y seis grados, más o menos. Cuando muere, pierde aproximadamente dos grados por hora. Si tu padre hubiera muerto hace solo dos horas, tendría una temperatura de treinta y dos. Pero aquí dice veinticinco, ¿verdad?

—Sí.

—Eso significa que murió hace seis horas, a las cinco de la tarde. No estaba esperando que llegaras con la cena, Emily —explicó Hugo—. Además, los músculos están rígidos.

—Pero...

—Tu padre murió mucho antes de saber que no vendrías a traerle la cena. Tú no has tenido la culpa. Fue un infarto, sencillamente —insistió él—. ¿A tu padre le gustaba el baloncesto?

—Sí —contestó Emily, sorprendida.

—Pues hoy había un buen partido entre las selecciones de Australia y Nueva Zelanda. Seguro que lo estaba viendo, nervioso. Tenía una cerveza en la mano y estaba viendo un partido de baloncesto, así que murió feliz. A mí no me importaría irme de esa forma.

—¿Está seguro?

—Completamente.

—Pobre papá —murmuró ella, cerrando los ojos—. Entonces, ¿murió en paz?

—Yo diría que sí. Seguro que ni siquiera se acordaba de la discusión que habíais tenido.

—Gracias —dijo Emily—. Gracias a los dos. Muchas gracias.

—En realidad, debería darte las gracias a ti. Tú has sido quien la ha consolado —sonrió Christie.

—La medicina forense no es tu fuerte, ¿eh, doctora Flemming?

—Conozco el *rigor mortis*, pero en cuanto a los cambios de temperatura... la verdad, no se me había ocurrido pensarlo. Buen trabajo, doctor Tallent.

—Soy un especialista —sonrió él—. Un oráculo, casi.

—¿Un oráculo?

—Sí, señorita.

—No, en serio. Tú eres médico anestesista...

—Pero me gustan las novelas de misterio.

—Ya —sonrió Christie—. Las novelas de misterio, las de horror y los barcos... que no sabes manejar.

—Muchas gracias. Acabo de hacerte un favor...

—Era una broma. Eres un buen médico, Tallent.

—Sí, es verdad.

—Y muy modesto.

—Soy famoso por ello. Brillante, valiente, fuerte, humilde...

—Menuda joya.

—Pues sí. Me alegro de que te hayas dado cuenta —rio Hugo, tomando su mano.

Era solo un gesto cariñoso, pero los dos sabían que había algo más.

—Gracias de todas formas. Lo que has hecho por Emily...

—No ha sido nada.

—La pobre se habría sentido culpable toda su vida si tú no le hubieras aclarado que su padre murió hace horas. Me alegro de que lo hayas hecho, aunque te lo hayas inventado.

—¡Oye, que no me lo he inventado!

—Aunque fuera así.

—Christie...

—¿Sí?

—Cállate.

—¿Por qué?

—Porque voy a besarte —contestó él.

E, inmediatamente, procedió a hacerlo.

Además de besar al doctor Tallent, Christie tenía que hacer su ronda en el hospital. La pobre Mary Adams seguía con su asma.

—Hugo, vete a dormir —le dijo cuando llegaron a casa.

—No quiero.

Aquel hombre era incorregible. La había besado frente a la casa de Don Parker y estaba segura de que si no hubiera sido porque llegó la furgoneta de la funenaria, seguiría besándola.

Y si se acercaba un poco...

Era como si hubiera estado dormida durante años y su cuerpo hubiera despertado a la vida.

Y quizá era así. Pero unos días más tarde Hugo Tallent se marcharía de Briman y ella volvería a su letargo. Y sería mejor acostumbrarse.

—Se supone que eres un inválido. No deberías estar levantado a estas horas.

—¿No, doctora Flemming? —sonrió él. Aquella sonrisa sugería toda clase de cosas... pero Christie no quería pensar en ello.

—No. Tienes que ser sensato. Vete a la cama.

—Muy bien. Tú ganas —suspiró Hugo—. Hala, vete a curar gente y déjame solo —añadió, besándola suavemente en los labios. Un beso tan suave que no debería haberla hecho sentir un escalofrío.

Él la observó alejarse desde la puerta. Y no se movió hasta que las luces del coche desaparecieron.

Su sonrisa también había desaparecido.

Christie solo quería comprobar cómo estaba Mary, pero el señor Handell se quejaba de un horrible dolor en la cadera y tuvo que ponerle una inyección con un analgésico y explicarle por enésima vez que necesitaba una operación que ella no podía practicar en el hospital de Briman.

Pero algunas cosas eran imposibles. Especialmente, a las doce de la noche.

Charló con las enfermeras durante media hora y cuando iba a marcharse a casa, Eileen la detuvo:

—David Myers tiene hambre. ¿Quiere llevárselo a su madre?

Christie suspiró.

No podía contarle a nadie que quería irse corriendo a casa para dormir. O, más bien, porque allí estaba Hugo.

De modo que sacó al niño del nido y se lo llevó a su madre.

Liz estaba despierta.

—Hola, Christie —sonrió la joven, colocándose al bebé sobre el pecho. David se enganchó como una pequeña sanguijuela, mirándola como diciendo: «No pienso moverme de aquí. Que nadie me moleste o me lío a gritos y despierto a todo el hospital».

—Solo he venido para traerte al niño. Eileen se lo llevará cuando hayas terminado —dijo Christie en voz baja—. ¿Todo bien?

—Regular. Me duele la cicatriz cuando me muevo.

—Dejará de dolerte en un par de días.

—Al menos, no tengo hemorroides de empujar —rio su amiga.

—¿Lo ves? Pues ya es algo.

—Lo sé —sonrió Liz, apretando al niño contra su pecho—. Cuando me dijiste que ibas a hacerme una cesárea no las tenía todas conmigo.

—Ah, vaya. Muchas gracias.

—Cuando me quedé embarazada, sabía que algo iría mal. Me pasaba el día leyendo libros y siempre veía lo peor. Niños con deformaciones, con enfermedades congénitas...

—Liz, por favor.

—Pero tú no me dijiste nada.

—Porque sabía que tu niño estaba sano.

—Sí, pero yo seguía pensando que algo iba a salir mal —suspiró la joven—. No imaginé que tendría un niño tan bonito, Christie. Pero cuando me dijiste que tenías que hacerme una cesárea... estaba casi segura de que iba a perderlo.

—Veo que confías mucho en mí.

—No seas tonta. Claro que confío en ti. Pero sé lo que hay en este hospital. Y sé que estás hasta las cejas de trabajo y lo haces todo sola.

Menos mal que Hugo estaba aquí.

—Ah, menos mal que Hugo estaba aquí. Qué bien. ¿Y yo qué? ¿Estaba mirando?

—Uy, cómo estás de sensible. Eres maravillosa, Christie. Y si no fuera por ti, no tendría a mi niño en brazos. ¿Vale?

—Bueno, vale.

—Pero también me alegro mucho de que Hugo Tallent estuviera contigo. Es estupendo, ¿verdad?

—Eso cree él. Y si se lo dices, se hinchará como un pavo.

—¿No te parece divino?

—Yo...

—¡Christie! Christie Flemming...

—Me voy —dijo ella, intentando disimular su nerviosismo.

—Tú también crees que es divino. ¡Más que eso! Vaya, vaya...

—¿Vaya qué? Es un buen especialista, nada más.

—Tú también podrías especializarte, Christie. Podrías terminar cirugía y...

—Sí, ya. ¿Y dejar la isla sin médico? ¿Dejar solo a mi abuelo? En la vida.

Liz hizo una mueca. Su cuento de hadas, desinflado.

—Tienes razón. Pero no es justo que tengas que vivir sin amor...

—¿De qué hablas? Solo porque me haya besado...

—¿Que te ha besado? —exclamó su amiga, incorporándose. De repente, hizo un gesto de dolor—. Ay, los puntos... A mí no me des esas noticias sin avisar. Cuéntamelo todo.

Christie no tenía escapatoria.

—No ha sido nada.

—¿No?

—¿A cuántos hombres besaste tú antes de casarte con Henry?

—Pues...

—¿Has perdido la cuenta?

—De eso nada.

—No te casaste con ellos, ¿no?

—Yo no. Pero tú eres diferente —dijo su amiga—. Si alguien te besa...

—Inmediatamente después me propone matrimonio, ¿no?

—Yo creo que sí.

—No digas bobadas. Hugo es médico, como yo. Puede besarme y olvidarse de mí. Yo no soy su médico, no me tiene ningún respeto.

—Pero te ha llegado al corazón. ¿O no?

—Qué bobada.

Liz la miró sin decir nada durante unos segundos.

—Ten cuidado, Christie. Si no hay futuro para vosotros, no te enamores.

Buen consejo, pensó Christie mientras aparcaba el coche frente a la casa. Pero, ¿cómo decirle a su corazón que siguiera las órdenes de su cabeza?

Podía decirse sensatamente que era una locura pensar en Hugo Tallent. Pero su forma de mirarla, sus caricias... había algo. Algo diferente, una especie de nexo de unión.

Absurdo, todo eso era absurdo.

Entonces, ¿por qué su corazón dio un vuelco cuando entró en casa?

Porque Hugo estaba allí.

En la cama.

Era lo más lógico. No debía sentirse desilusionada. ¿Qué había creído, que la esperaría despierto? La puerta de su dormitorio estaba cerrada y no veía luz por debajo.

La había besado en la playa y después, frente a la casa de Emily. Nada más.

Solo un par de besos.

En cuanto la bocana del puerto estuviera practicable, volvería a Brisbane y no se verían nunca más. Y ella seguiría siendo el médico de Briman. Para siempre.

Pero para siempre era mucho tiempo.

Sobre la mesa de la cocina había una nota. Era la letra de Hugo.

Qué curioso, pensó Christie.

Era un detallado resumen de su noche en la playa, con pulpo incluido. No se había dejado nada. Excepto el beso.

Estaban las gambas... el sabor, el olor. La hoguera y la arena caliente.

Y después, nada.

No era un espía. ¿Qué era aquel hombre?

Hugo no estaba dormido. Estaba mirando al techo en la oscuridad cuando oyó a Christie entrar en casa.

De repente, recordó que había dejado las notas sobre la mesa de la cocina. Seguramente las leería. Y pensaría que estaba loco. Pero era mejor no levantarse. Si volvía a verla, allí cerca de su cama...

Sería un desastre.

Su vida estaba llena de cosas. Era un hombre muy ocupado. Debía estar en Brisbane el sábado y el lunes en Nueva York. Y la semana siguiente, de vuelta en el hospital.

Cuando decidió llevar el barco desde Cairns a Brisbane, pensó que aprovecharía el viaje para pensar en el último capítulo de su libro. Solo iba a estar unos días en el mar, pensando... ¿Y cuál era el resultado? Que, además de estar a punto de ahogarse, había conocido a una chica que lo volvía loco.

Pero no había sitio para Christie en su vida. ¿Mujeres? ¡Bah! Él tenía suficientes, más que suficientes. Desde que murió su madre, las mujeres iban y venían en su vida sin dejar huella.

No había sitio para ellas.

Pero Christie Flemming era diferente.

¿Diferente? Christie era imposible.

OceanofPDF.com

Capítulo 7

CHRISTIE no volvió a ver a Hugo hasta la noche siguiente.

Los vecinos de Briman parecían haberse guardado todas las enfermedades justo para ese día y no podía decirles que volvieran al día siguiente porque tenía que ir a Koori, al otro lado de la isla, para hacer visitas domiciliarias de los miércoles.

De modo que trabajó como siempre. Mucho. Salió de casa antes de que Hugo y su abuelo despertaran, no tuvo tiempo de comer y llegaba tarde para cenar.

No había tenido tiempo para comprar nada, de modo que tendrían que cenar huevos revueltos con algo. Si a Hugo no le gustaba, era su problema. Muy diferente de la cena del día anterior, pero la vida era así de dura.

Al menos, el viento estaba amainando.

—¿Vas a casa con tu Hugo? —le preguntó Ray, el contable—. ¿Esta noche no podéis libraros del doctor Stan?

¿Cuánta gente sabía que había estado con Hugo en la playa la noche anterior?, se preguntó Christie. Aquella isla estaba poblada de cotillas.

—¿Por qué iba a querer librarme de mi abuelo?

Ray sonrió. Era un antiguo pescador que perdió una mano cortando redes y, desde entonces, hacía veinte años, trabajaba como contable en el hospital y la trataba como si fuera su hija.

—Necesitas un poco de amor, Christie. Es duro estar solo.

Por Dios bendito...

—No necesito amor. Aunque todo el mundo en esta isla parezca convencido. Además, Hugo Tallent se marcha a Brisbane el viernes.

—¿Ah, sí?

Christie conocía a Ray suficientemente bien como para saber cuándo estaba a punto de dar una noticia bomba.

—¿Qué sabes?

—Nada, cotilleos...

—Cuéntamelos inmediatamente. Si todo el mundo lo sabe, yo también quiero saberlo.

—Solo que, por lo visto, tu doctor Tallent ha pasado esta mañana por la oficina del puerto. Pero en lugar de comprar un billete para Brisbane, ha comprado un billete para Briman. A nombre de otra persona.

—¿Cómo?

—Es todo lo que sé —dijo Ray, levantando las manos como para que lo registrara—. Ha comprado un billete a nombre de un o una tal Tallent. Es todo lo que Lisa me ha contado.

De modo que pensaba llevar a otra persona a la isla. Uno o una tal Tallent.

¿Y dónde iba a alojarse?

La cama de su habitación era grande, pero Hugo no se llevaría a nadie allí, pensó Christie. Tendrían que dormir muy pegados y...

¡Estaba casado! Hugo Tallent estaba casado y no se lo había dicho.

—No te pongas nerviosa —se dijo a sí misma. Le costaba trabajo caminar en contra del viento, pero casi era un alivio. De ese modo, podía ventilar su frustración—. ¡Pero podría habérmelo dicho! —exclamó. Estaba hablando sola, como una demente, pero le daba igual.

Además, ¿quién iba a verla? A esas horas todo el mundo estaría cenando. Podía hablar sola todo lo que quisiera.

—Si se lo ha dicho a mi abuelo, seguro que ha invitado a quien sea a quedarse en casa.

Él, encantado. Más gente para charlar. Pero si era una mujer...

Aunque eso no tenía nada que ver con ella. Si era una mujer, pues era una mujer.

Pero no podía ser. Seguro que era alguien que iba a Briman para comprobar los daños del barco. Algún familiar. Quizá su padre.

Hugo y el otro Tallent comprobarían los daños del barco y volverían a Brisbane tan tranquilos.

Y entonces la vida podría volver a la normalidad.

Hugo estaba en la cocina, pero no esperando que nadie hiciera la cena. Cuando Christie abrió la puerta, el olor casi la emocionó. Olía a hierbas, a ron, a... Olía de maravilla.

—Alguien está preparando algo con curry en mi cocina.

—Buen olfato —sonrió Hugo. Y esa sonrisa la envolvió toda, desde el pelo hasta la punta de los pies—. ¿De qué clase?

—¿Cómo?

Su abuelo estaba sentado a la mesa, cortando algo verde. ¿Su abuelo cocinando?

—Hay muchas clases de curry.

—Sí, ya —murmuró ella—. Es... curry curry.

—¡Curry curry! ¿Es que no sabes nada de hierbas?

—Pues no. Doris solo vende curry normal y corriente. ¿Yo qué sé?

—Es curry de ajo.

—¿De ajo?

—Vamos a comer mucho ajo esta noche.

Christie se puso las manos en las caderas.

—¿Y qué hago con mis pacientes mañana?

—Si no les gusta el olor a ajo, pueden buscarse otro médico. Pero yo que tú no me preocuparía. Creo que todo el mundo sabe lo que vamos a cenar esta noche.

—¿Y eso?

—Porque hemos ido buscando hierbas por todas partes —contestó su abuelo, que parecía estar pasándolo en grande—. Encontramos una receta de pollo al curry en Internet y después tuvimos que ir por ahí, mendigando hierbas porque Doris no tiene nada en la tienda.

—Tu abuelo sabe lo que tiene cada vecino en su huerto.

Parecían dos niños felices. No, peor. Parecían dos cachorros felices. Si tuvieran cola, la estarían moviendo alegremente.

—Phyllis Hay planta ajos para proteger a sus rosas de los insectos. Mary y Bob Harvey tienen de todo, incluido cilantro. Y Tom Bangarrana, laurel y perejil.

—Lleváis todo el día haciendo la cena —rio Christie, atónita.

—No. Esta mañana fuimos al puerto para en qué se puede hacer con mi barco.

—Ya.

—Le he presentado al armador de Briman —dijo su abuelo entonces—. Alf Willis está deseando meterle mano al Sandpiper.

Christie frunció el ceño.

—Se me había olvidado que Alf es armador.

—La mayoría de la gente lo ha olvidado. Ahora todo el mundo tiene barcos de fibra de vidrio, pero el Sandpiper es un barco de madera. Es precioso... o volverá a serlo cuando Alf lo arregle.

—¿Le has confiado tu barco a Alf?

—¿No debería? —preguntó Hugo.

—Pues... sí, claro.

Alf era un hombre muy deprimido y no habría mejor tónico para él que reparar un barco.

—Mi padre viene el jueves para hablar con él. Al fin y al cabo, el barco es suyo.

—Ah —murmuró Christie. Su padre. De modo que era para él el billete que había comprado—. ¿Y dónde va a alojarse?

—He alquilado la casa de tus vecinos —contestó Hugo. Ella lo miró, perpleja—. ¿Pensabas que iba a meterlo en tu casa?

—Yo... no.

Pero Hugo se dio cuenta de que sí. Aquel hombre podía leer sus pensamientos.

—Vaya, vaya. Tanto enfado para nada.

—Yo no estoy enfadada.

—Te he visto subir por el camino echando humo —dijo él entonces, señalando la ventana—. Seguro que alguien te dijo que mi padre venía el jueves y tú has creído que pensaba cargarte con él.

—De eso nada.

—Como todo el mundo en la isla depende de ti, crees que yo también iba a cargarte con mis problemas. Pero yo soy diferente.

Hugo solo tenía que mirarla y... ella se quedaba sin aliento. Por supuesto que era diferente.

Su abuelo la miraba con curiosidad. Nunca había visto a su nieta tan insegura. Y colorada como un tomate.

—¿Tu padre y tú vais a dormir en la casa de al lado? —preguntó por fin.

—En principio, solo mi padre —contestó Hugo.

—¿Cómo has alquilado la casa?

—Ya sabes que ha estado vacía desde que los padres de Doris murieron —explicó su abuelo, sin dejar de mirarla con interés—. Y como está amueblada...

—Pero ella nunca ha querido alquilársela a nadie.

—Nuestro Hugo es tan encantador —rio Stan—. Deberías haber visto a Doris. Parecía tener veinte años en lugar de sesenta. Ten cuidado, hija. Cuando Hugo quiere una cosa... Y ahora, vamos a cenar.

El pollo al curry estaba delicioso, pero a Christie cualquier cosa le habría sabido bien aquella noche. ¿Cuándo fue la última vez que alguien le hizo la cena?

—Cásate conmigo, Hugo —dijo, con la boca llena—. Cásate conmigo inmediatamente.

Lo había dicho de broma, pero él no estaba sonriendo. Y el brillo de sus ojos la hizo sentir un escalofrío.

—Primero tenemos que arreglar un par de cosas, mi amor. Danos un poco de tiempo.

Christie se quedó atónita.

¿Qué podía decir después de eso? Nada. Lo mejor sería no decir nada. Era una broma, ¿no? Ella también lo había dicho de broma.

Pero no tenía ganas de reírse.

Después de limpiar la mesa, su abuelo y Hugo siguieron charlando, pero Christie permanecía callada. Estaba cansada, pero no era el cansancio lo que le hacía estar en silencio.

Por fin, no lo pudo soportar. ¿Cómo podían seguir charlando con la tensión que había en la cocina?

Tenía que marcharse de allí.

—Voy a salir un momento —dijo, interrumpiendo la conversación. En realidad, ni siquiera sabía de qué estaban hablando.

—¿Dónde vas? —preguntó Hugo.

—Le prometí a Mandy que llevaría Scrubbit a su casa. Sus padres no quieren sacar el coche para llevar a un perro.

—Ah, ya veo.

—Supongo que has hablado con ellos... Sobre lo que le prometiste a Mandy.

—No he tenido tiempo, pero esta podría ser una buena oportunidad. Me voy con Christie, Stan.

—Muy bien, hijo. Y no os deis prisa en volver. Si aparcáis en el acantilado, pueden verse todas las islas. Allí solía llevar a la abuela de Christie. Es un sitio muy adecuado.

—¿Para qué? —preguntó Hugo.

—Si no lo sabes, no voy a decírtelo —rio el abuelo—. Y ahora, fuera de aquí. Dejadme solo para que recuerde... el acantilado.

Christie estaba tan colorada que pensó que iba a explotar. Pero no dijo nada.

Hugo tampoco. Fue callado durante todo el camino pero había tanta tensión en el ambiente que Christie se sentía confusa.

Scrubbit ladró alegremente al verlos entrar y cuando Christie se inclinó para tomarlo en brazos, empezó a mover la cola como si fuera una hélice.

—Este chucho es asombroso. No todos los perros se habrían recuperado enseguida de una operación tan complicada.

—Hay gente que trabaja como anestesista después de casi haberse ahogado —sonrió ella—. Sois iguales, Hugo Tallent. Tú y este chucho.

—Vaya, gracias.

Después de eso, permanecieron en silencio. Había un millón de cosas que decir, pero no era seguro decir ninguna de ellas.

Gloria y Barry King estaban en casa. Podían oír la televisión a trescientos metros de la puerta. La luz del ático, donde dormía Mandy, estaba encendida. Sin duda, estaba estudiando.

—Ya hemos llegado —murmuró Christie, haciendo una mueca.

—¿Tan horribles son?

—Ya lo verás por ti mismo —suspiró ella, llamando al timbre. Al otro lado de la puerta oyeron voces, como siempre. Gloria gritaba mucho.

Christie parecía preocupada, pero Hugo no entendía por qué.

—Tranquila, cariño. No estás sola.

Y era raro, pero la mirada femenina le decía que no era Gloria por quien estaba preocupada.

Por fin, la señora King apareció en la puerta. De pelo rubio platino, iba vestida con un camisón negro de algo que parecía seda y chinelas de tacón. Primero miró a Christie y luego a Scrubbit.

—Le dije a Mandy que había que sacrificarlo. No lo queremos.

Después de tan amable saludo, intentó cerrar la puerta, pero el pie de Hugo se lo impidió. Si hubiera llevado zapatillas le habría roto un dedo pero, afortunadamente, llevaba botas y solo tuvo que contener un gemido.

Y lo contuvo. No sería digno gemir delante de aquella mujer tan hostil. Además, tenía una misión.

—¿Podemos entrar?

Gloria los miró con cara de malas pulgas.

—¿Qué quieren?

—Soy el doctor Tallent. He estado ayudando a la doctora Flemming con el perro de su hija...

Pero Gloria no lo estaba mirando. Miraba la pata vendada del perrillo.

—¡No pienso pagar por eso! ¡Barry! —llamó a su marido con un grito que hubiera despertado a los muertos—. Te dije que había que sacrificar al perro.

—¡Scrubbit! —el grito era de Mandy, que bajaba corriendo la escalera—. ¡Scrubbit! —exclamó, tomando al animal en brazos—. Qué bien estás. Gracias, gracias, gracias.

—No pienso pagar un céntimo por la operación —insistió su madre.

—No voy a cobrarle nada —replicó Christie—. Mandy es mi amiga. Si quiere, como gesto de buena voluntad, puede ayudarme con los archivos del hospital cuando termine los exámenes.

—Después de los exámenes, se pondrá a trabajar. Ya está bien de tanto estudio —replicó Gloria.

Su marido acababa de aparecer en el pasillo, pero no decía nada. El pobre parecía querer confundirse con los muebles.

—Pues ahora que menciona los estudios, señora King, es precisamente por eso por lo que hemos venido —dijo Hugo, aprovechando la oportunidad—. ¿Podemos pasar un momento?

—¡No!

—¿Señor King? Tengo que hablar con usted —dijo él entonces, buscando otro aliado.

El hombre parecía incómodo, pero al final asintió.

—Sí, claro. Entren.

Hugo apagó el televisor y se sentó en un sillón, como si no pensara marcharse de allí hasta que hubiera terminado de decir lo que quería decir.

—Mandy, llévate a Scrubbit a tu cuarto.

—Pero...

Él le hizo un gesto con la mano y la niña salió del salón.

—Señor King, señora King... tengo que proponerles una cosa.

Christie estaba atónita. En treinta segundos, había dado la vuelta a la situación. Ni ella misma se habría atrevida a entrar en aquella casa sin invitación.

—¿Qué quiere proponer? —preguntó Gloria, con su habitual delicadeza.

—Tienen una hija muy inteligente...

—Lo que tiene son pájaros en la cabeza.

—Su profesor dice que tiene unas calificaciones excelentes.

—¿Y qué?

Hugo miró a Barry King. Seguramente le parecía mejor interlocutor. O, al menos, no tan abiertamente hostil.

—A Mandy le encantan los animales y yo creo que tiene capacidad para ser una gran veterinaria.

—¡Eso es imposible! —le espetó Gloria.

Pero Hugo siguió como si no la hubiera oído:

—Si tuviera dinero para ir a la universidad, ¿le importaría que estudiase?

—preguntó, dirigiéndose directamente a su padre.

—Yo... —empezó a decir él, mirando a su mujer.

—Señor King, le estoy preguntando a usted. Si su hija tuviera dinero para hacer la carrera de veterinaria, ¿pondría alguna objeción?

Barry respiró profundamente.

—No —contestó por fin—. Pero nosotros no tenemos dinero.

—Yo pagaré su carrera.

Silencio. Lo único que Christie oía era el sonido de la respiración de Mandy, escondida en el hueco de la escalera.

—¿De qué está hablando? —le espetó Gloria—. La carrera de veterinaria son cinco años. Cinco años sin ganar dinero, sin...

—Yo pagaré la carrera y el alojamiento en Brisbane. Su hija tiene un don con los animales y un deseo tremendo de curarlos. Lo único que voy a hacer es aportar los fondos necesarios para que pueda hacer su sueño realidad.

—Denos el dinero a nosotros. Yo me encargaré de controlarlo.

—No puedo hacer eso —sonrió Hugo—. La doctora Flemming no confía en mí, así que voy a poner el dinero en un fideicomiso. Los albaceas se encargarán de darle el dinero a Mandy según lo necesite y, a partir de ahora, no les costará nada mantener a su hija.

Gloria casi se había quedado sin palabras. Casi.

—¿Y qué saca usted con eso?

—Saber que, dentro de cinco años, Briman tendrá una veterinaria —contestó él, mirando a Barry—. Además, como saben muy bien, yo estuve a punto de ahogarme el otro día y sé que usted fue uno de los pescadores que salió al mar a buscarme. Esta es una forma de darle las gracias.

—Yo... no puedo creer que... quiera hacer esto por nuestra hija —tartamudeó Barry.

Pero Gloria no se había rendido.

—No pienso aceptarlo. Mandy tiene que trabajar.

Estaba claro que, descontenta con el salario de Barry, tenía pensado que su hija la mantuviera. Christie hizo un gesto de desagrado, pero Hugo parecía tan tranquilo.

—¿Para qué tiene que trabajar, señora King? Yo pagaré sus estudios y su alojamiento en Brisbane, de modo que solo tendrá que estudiar. Señor King, ¿va a darle esa oportunidad a su hija?

Todos los ojos estaban fijos en Barry. Incluso los de Gloria.

Y, asombrosamente, el hombre sacó coraje de donde no lo había. Por una vez, se atrevió a contradecir a su mujer.

—Sí, quiero que tenga una oportunidad. Mandy irá a Brisbane.

—¡De eso nada! —exclamó Gloria.

—¡Cállate! —la cortó su marido—. Si no dejas que Mandy vaya a la universidad arruinarás su vida, así que dale las gracias al doctor Tallent y cállate. Mandy tiene derecho a vivir una vida mejor que la nuestra.

Ella se quedó muda.

Hugo llamó a Mandy, que estaba escuchando detrás de la puerta, y mientras bromeaban sobre su futuro como veterinaria, Gloria los fulminaba con la mirada.

¿Qué pasaría cuando se fueran?, se preguntó Christie. Quizá ofreciéndole un futuro a Mandy habían destrozado a la familia. Eso era lo que Hugo no

entendía. Solo un médico rural, como ella, entendía las consecuencias de cada situación en una comunidad tan pequeña.

Cuando miró a Barry, sintió pena por él. Le quedaban años de peleas con su mujer...

Pero quizá había subestimado a Hugo, se dijo cuando vio en sus ojos que él parecía estar preguntándose lo mismo. Era como si sus mentes estuvieran conectadas...

Esa idea la dejó mareada. Aquel hombre era como su otra mitad...

Y entonces supo lo que era: amor. Amaba a Hugo Tallent. Pero lo único que podía hacer era mirarlo y anhelar lo que podría haber sido.

Afortunadamente, Hugo no se daba cuenta porque seguía concentrado en Gloria.

—Todo saldrá bien, señora King. Tener una hija veterinaria es algo de lo que sentirse orgulloso. Seguro que en la isla nadie más puede decir lo mismo.

—Ya.

—Y no le costará un céntimo. Además, un veterinario gana dinero... —siguió él, intentando convencerla. De repente, se fijó en algo—. ¿Por qué cojea?

—No cojeo —protestó la mujer.

—Acabo de fijarme. ¿Tiene algún problema?

Christie frunció el ceño. ¿Gloria King cojeando? ¿No caminaba así porque siempre llevaba tacones altísimos?

—No es asunto suyo —le espetó ella.

—Sí, eso es verdad. Y la educación de su hija tampoco es asunto mío, pero como ya me he metido...

—Dile lo que te pasa, mamá —intervino Mandy.

—Hablé con el doctor Stan hace años. Incluso fui a un especialista en Townsville. Pero no podían hacer nada.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Hugo.

—No tengo por qué contárselo... —murmuró la mujer.

Le daba vergüenza. ¡Gloria King estaba avergonzada de algo! Eso era nuevo.

—Esta consulta es gratis —sonrió Hugo—. Y el viernes me marcharé de aquí, así que no hay mucho más tiempo.

El viernes, pensó Christie. El viernes...

—Tengo papilomas —contestó Gloria por fin.

—¿Papilomas?

—Supongo que sabrá lo que son. Bultos y grietas en los pies.

—¿Y por qué no se los ha tratado?

—Me los he tratado de todas las formas posibles: con una pomada asquerosa, con antibióticos, incluso con radiaciones. Pero los papilomas vuelven.

—¿Puedo echar un vistazo? —preguntó él, inclinándose. La mujer levantó un pie y Hugo le quitó aquella ridícula chinela de tacón.

Lo que vio, dejó a Christie helada. La planta del pie estaba llena de papilomas. En el empeine, en el talón, incluso entre los dedos. Uno de ellos estaba supurando.

Gloria King siempre estaba enfadada. Pero, con esos papilomas, cualquiera habría estado rabiando...

—Debería haberme dicho algo.

—¿Para qué? Los médicos no pueden hacer nada.

—Puede que sí, señora King —murmuró Hugo.

—¿No me diga?

—Hay un nuevo tratamiento para este tipo de papiloma.

—¿Y en qué consiste?

—Tiene un nombre muy raro, pero lo llamamos DNCB. Es una sustancia que produce una reacción alérgica. Lo que hacemos es usar esa reacción para provocar al sistema inmunitario.

Gloria lo miraba con expresión de curiosidad.

—Explíqueme eso.

—Esos papilomas llevan tanto tiempo en sus pies que ya forman parte de su organismo. Lo que yo haría es probar el DNCB en su brazo para ver cómo reacciona.

—¿Y cómo va a ayudarme eso? —preguntó ella, con su habitual grosería.

—Si el DNCB le hace reacción en el brazo, cuando se lo pongamos en los papilomas actuará como si fuera un alérgico. La piel empezará a caerse y, poco a poco, los papilomas desaparecerán. Yo creo que en unos tres meses se habrá librado de ellos.

—¿Eso es cierto?

—Completamente. Se ha probado en el hospital de Brisbane el año pasado. No quiero prometerle nada porque cada organismo es diferente,

pero deje que lo intente al menos. El viernes por la tarde le haré llegar el DNCB y Christie le dirá cómo aplicarlo.

De modo que se iba a Brisbane y no pensaba volver. Estaba claro. Se iba. Lo de «amor», los besos, la broma de antes... Nada. No era nada.

—O sea, que el DNCB es algo así como una pomada que sirve como irritante —dijo Gloria entonces.

—Ah, ya veo de dónde ha sacado Mandy el cerebro —sonrió Hugo.

—Yo era muy buena estudiante —dijo la mujer, sin mirarlo.

—Es verdad —asintió su marido—. Estábamos en la misma clase, pero Gloria tenía dos años menos que yo.

—¿Y qué pasó?

—Que tuve que ponerme a trabajar. En mi casa no había dinero para estudios.

—Entonces, ¿también a usted le habría gustado hacer una carrera?

—Ójala —suspiró ella. Era increíble la transformación. Casi parecía humana—. Me encantaba estudiar, pero... al menos mi hija podrá hacerlo.

—¿Y por qué no lo hace usted también? Hay cursos a distancia.

—Eso cuesta dinero, doctor Tallent.

—El gobierno ofrece estudios universitarios gratuitos. ¿Ha oído hablar de la universidad a distancia?

La mujer lo miraba, atónita. Pero había algo en sus ojos...

—¿Y qué podría estudiar?

—Medicina y veterinaria, imposible. Eso hay que estudiarlo haciendo prácticas. Pero puede estudiar cualquier otra cosa.

—Mis vecinos se reirían.

—¿Y desde cuándo le importa lo que digan sus vecinos? —rio Hugo—. Puede estudiar historia, derecho, literatura... ¿qué tal convertirse en la novelista de Briman? Incluso podría comparar notas con su hija.

—Yo... —Gloria King parecía totalmente perdida.

Aquello era auténtica medicina rural. Una cura familiar.

—No tome la decisión hoy, piénselo. Le enviaré un catálogo de la universidad a distancia desde Brisbane.

Gloria parecía abrumada, pero no quería ablandarse.

—Se supone que debo darle las gracias, ¿no?

—No hace falta —sonrió él, acariciando al pequeño Scrubbit—. Cuídate. Mandy, ya hablaremos mañana. Vamos, doctora Flemming, aún nos quedan

cosas por hacer.

Cuando llegaron al coche, Christie estaba perpleja.

—¿Qué clase de médico eres tú? Primero los convences para que dejen ir a Mandy a la universidad, después te fijas en la cojera de Gloria, en la que ni siquiera yo me había fijado. Y luego te sacas una cura para los papilomas del bolsillo...

—No es una cura mágica, la han probado en Brisbane. Y si llevas años viendo a Gloria con esos tacones, es normal que no te hayas fijado en su cojera.

—No me interrumpas. Has conseguido que Gloria se porte como un ser humano, has descubierto su interés por los estudios y... ¡pero si tengo a Barry tomando antidepresivos desde hace dos años para que pueda soportar a la bruja de su mujer!

—No esperes ningún milagro...

—Lo sabes todo sobre educación a distancia, sobre el DNCB, sobre la temperatura de un cadáver, sobre la anestesia... ¿De dónde sacas tiempo para estudiar todas esas especialidades? Tú no eres dermatólogo ni forense...

—¿Celosa, doctora Flemming? —rio Hugo.

—Pues sí —contestó ella.

—¿Te importa si vamos al puerto?

—¿Para qué?

—He quedado allí con una persona.

—¿Con quién?

—Eso es cosa mía.

—Ah, qué bien. No me lo dices, pero yo tengo que llevarte al puerto.

—Por favor, Christie.

—Me estás destrozando la vida —suspiró ella—. Y me haces sentir como el peor médico de Australia.

—Pero si eres maravillosa —dijo entonces Hugo, mirándola a los ojos. Afortunadamente, no había arrancado. Si fuera así, se habría salido de la carretera.

—Entonces, ¿al puerto?

—Al puerto. Aún no puedo contarte mis planes, pero... por ahora, confía en mí.

—¿Confiar en ti?

—Solo dos días más. Dos días y te dejaré en paz. Por el momento.

Christie no sabía qué pensar. O qué sentir. Hugo parecía tan tranquilo y ella... hubiera querido estrangularlo.

O casarse con él.

OceanofPDF.com

Capítulo 8

HUGO había quedado en el puerto con Ben Owen, el chico que le salvó la vida. Ben, que había estado sentado en la popa, mirando hacia la bocana del puerto, bajó de un salto para saludarlos.

—Hola.

—¿Qué tal la mano? —preguntó Hugo, señalando la venda.

—La doctora Flemming me dio seis puntos y ahora me pica.

—Eso es bueno. Significa que la herida está curando.

El niño se volvió hacia el Sandpiper.

—Está hecho polvo, ¿eh?

—Pero nadie ha muerto. Gracias a ti... y a tu madre.

Ben se puso como un tomate, pero en sus ojos había un brillo de alegría. Christie no podía creerlo. Durante seis años, nadie había podido mencionar a su madre y ahora...

—Sí, estaría orgullosa —murmuró el chico, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón—. ¿Para qué quería verme?

—¿Sabes que me marchó el viernes?

El viernes. Otra vez el viernes, pensó Christie. ¿Por qué no dejaba de repetirlo?

—Sí.

—Mi padre se quedará aquí.

¿Su padre iba a quedarse en Briman?

—¿Por qué? —preguntó Ben.

—Porque lo que más le gusta en el mundo es ese barco y quiere vigilar las reparaciones.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Me han contado que ha habido cierto vandalismo por aquí. Que la gente se lleva cosas de los barcos varados y eso...

—¿Ah, sí? —murmuró el chico, mirando la arena.

¿De dónde sacaba Hugo la información? Era cierto. Decían por ahí que un grupo de chicos estaba haciendo travesuras, nada importante, pero todo el mundo murmuraba sobre Ben Owen y sus amigos.

—Quiero darte un trabajo. Solo por las tardes, después del colegio.

—¿Haciendo qué?

—Necesito que alguien le eche un vistazo al barco. Mi padre tiene setenta y cinco años y no puede estar pendiente de todo.

—¿Solo eso?

—Cuando el barco esté reparado, ¿te importaría ser el grumete de mi padre?

—¿Qué?

—Supongo que querrá probarlo y para eso necesita un grumete —contestó Hugo—. Conociendo a mi padre, querrá sacarlo de puerto y necesita a un chico fuerte que conozca el mar. ¿Crees que podrías hacerlo?

—Pero es que tengo colegio... —murmuró Ben.

—Después de clase. Por cierto, ¿qué tal se te da cortar el césped?

—Pues... bien.

—En casa de los Flemming y en la de al lado una vez por semana...

—Oye, que yo puedo cortar mi propio césped —protestó Christie.

—¿Cuándo lo hiciste por última vez? Tu jardín es una jungla.

—¡De eso nada!

—¿Qué te parece, Ben? —siguió él, como si no la hubiera oído. Cuando mencionó la cifra que iba a pagarle, tanto Christie como el chico se quedaron atónitos—. Lo que te estoy pidiendo requiere una gran responsabilidad. ¿Trato hecho?

—Trato hecho.

—Me alegro.

—Cuando le diga a mi padre que tengo trabajo...

Ben salió prácticamente corriendo para darle a su padre la buena noticia y Christie miró a Hugo con expresión irónica.

—Otra buena obra. Ben estaba a punto de recibir una seria reprimenda por parte del jefe de policía y ahora... ¿Qué eres, un ángel?

—Algo así —sonrió él.

—No, en serio. Ben estaba destrozado, pero tú le has devuelto el orgullo, la alegría y la autoestima. Es increíble.

—Puede que no dure.

—Y puede que sí. Gracias.

—De nada.

Por un momento, pareció que iba a abrazarla, pero no lo hizo. Y Christie hubiera deseado tanto que lo hiciera...

—Hugo.

—¿Sí?

—Yo pagaré mi propio césped.

—Ah —suspiró Hugo—. Ya me imaginaba que tendríamos que discutir.

—Di lo que quieras, pero yo pienso poner mi parte.

—¿Y si te digo que es una forma de pagar lo que vas a hacer por mi padre?

—No entiendo.

—Mi padre tiene un problema de corazón.

—¿Y?

—Hace tres años le pusieron un marcapasos.

—¿Qué tal se maneja?

—Bien —contestó él—. Tras la muerte de mi madre, se cuida mucho.

—¿Entonces?

—Es que yo no estaré aquí.

—Vas a dejar a tu padre aquí durante una semana o dos y después volverás a buscarlo, ¿no?

—No.

—¿No?

—Tengo que estar en Nueva York el lunes y la semana siguiente, en el hospital. He dejado aparcado mi trabajo y no pudo seguir haciéndolo.

—Ah, ya —murmuró ella—. Pero tu padre solo estará aquí un par de semanas, ¿no?

—Alf me ha dicho que tardará tres meses en reparar el barco.

—¡Tres meses! O sea, que vas a abandonar a tu pobre padre —exclamó Christie, furiosa—. Y yo tendré que encargarme de un vecino con problemas de corazón que no conoce a nadie en la isla.

—Yo...

—¿No te parece que ya tengo suficiente trabajo? ¿Es que no tienes un rato libre cada día para atender a tu propio padre? No, claro, tú eres un gran especialista. Así que lo dejas aquí y te quedas tan tranquilo.

—No voy a dejarlo aquí abandonado —protestó Hugo—. Él quiere venir.

—¿Por qué?

—Porque quiere supervisar el arreglo del barco. Se aburre en Brisbane y yo creo que tu abuelo y él se llevarán de maravilla. Así que será bueno para los dos.

Pero no para ella, pensó Christie. Además de los pacientes del hospital, de los de Koori, de los animales que se ponían enfermos, de su abuelo... tendría que cuidar de un vecino enfermo.

—Es un hombre independiente —siguió Hugo, como si hubiera leído sus pensamientos.

—¿Cómo va a ser independiente un hombre de setenta y cinco años con un marcapasos? Aunque, por lo que dices, estará menos solo aquí. Tu hermano en Bahamas, tú en Nueva York, dando una importante conferencia o algo así... mientras los demás nos hacemos cargo de tus problemas.

—Christie... —empezó a decir él, incómodo.

Por supuesto que estaba incómodo. ¡Era un cerdo!

—Me voy a casa. Ahora mismo.

—Christie, espera.

—No tengo ganas de esperar. Cuidaré de tu padre, no te preocupes. Siempre hago lo que se espera de mí.

—Si mis planes salen bien...

—No me lo cuentes —lo interrumpió ella—. Te llevarás a tu padre a Nueva York y yo me alegraré por ti, pero vamos a dejarlo. Tengo ganas de meterme en la cama.

—¿Conmigo?

Lo había dicho con tanta naturalidad que Christie pensó que no había oído bien.

—¿Qué has dicho?

—Nada. Es demasiado pronto —sonrió Hugo—. Primero tengo que hacer ciertas cosas, doctora Flemming. Y luego ya veremos. Pero por ahora... tienes razón. Tenemos que irnos a la cama. Solos.

Christie no podía dormir, inquieta.

¿Qué había querido decir con eso?, se preguntaba, dando vueltas en la cama. Precisamente aquella noche, cuando al día siguiente debía ir al otro

lado de la isla para atender a los pacientes de Koori. Seguía siendo Briman, pero era como otro país. Los vecinos de Koori eran nativos australianos con una cultura muy peculiar. No les gustaba viajar, de modo que tenía que atenderlos a todos a la vez un día por semana.

Miércoles. Ya era miércoles, pensaba Christie levantándose a duras penas de la cama.

Hugo la estaba esperando en la cocina.

—Hola.

—¿Has dormido tan poco como yo?

—No sé cuánto has dormido tú —replicó ella.

—Por el tono de tu voz y tu encantador temperamento, veo que has dormido tan poco como yo. Eso es lo que pasa cuando se duerme solo. Yo estaba en la oscuridad, preguntándome si podía oír los latidos de tu corazón.

Más o menos lo mismo que ella había hecho durante toda la noche, pero jamás lo admitiría. Hugo Tallent era un conquistador, le gustaba coquetear. Nada más. Besos, planes... nada.

Y solo quedaban dos días, se dijo. Dos noches en blanco...

—¿Quieres una tostada?

—No, gracias. No tengo hambre.

—Sí lo tienes. Ray me ha dicho que tenemos un día tremendo por delante en Koori, así que come.

—¿Tenemos?

—¿No quieres que vaya contigo? —preguntó Hugo.

—No hay sitio en el coche. Mary Anne...

—Mary Anne no viene. Ayer hablé con ella y le dije que iría yo contigo. Así que, en lugar de una enfermera, me tienes a mí. Menudo lujo. Supongo que no te importará.

Christie lo miró, atónita.

—¿Que a mí me importase influiría algo en lo que piensas hacer?

Hugo se volvió, sonriendo. Esa sonrisa que ella había empezado a temer. Empezaba arrugando los ojitos un poco y después... era como si estuviera haciéndole el amor.

—No tienes ni idea —dijo él entonces, sin dejar de sonreír—. No tienes ni idea, Christie Flemming, cómo importa lo que tú quieras. Pero me da un miedo horrible hablarte de mis planes porque puede que esté soñando con la luna.

Condujeron hasta Koori en silencio. Después del enigmático comentario del más enigmático doctor Tallent, Christie no sabía qué decir.

Hugo, por otro lado, parecía tan contento mirando por la ventanilla. Briman al amanecer era una belleza. Cuanto más se adentraban en la isla, el paisaje se hacía más agreste.

Por fin, llegaron a Koori y Christie detuvo el coche frente a una formación de piedras.

—Ya hemos llegado. Visita domiciliaria número uno. ¿Vienes?

—¿Esto es una casa?

—La residencia de Mabs Wasjarra. Es una paciente de setenta y cinco años con un cáncer de huesos. Sufre metástasis terminal y no puede salir de la cama —contestó ella.

—¿Pero dónde está la casa?

—¿Vienes o no?

Hugo la siguió, apoyado en el bastón. Christie no le había ofrecido su mano y cuando llegó a la cumbre del montículo, estaba sin aliento.

—¿Todas las casas son así de escarpadas?

—Esta es la visita más dura. Mabs se niega a marcharse porque desde aquí puede ver el mundo.

Y era cierto. Desde arriba, casi podía verse la isla entera. Era un paisaje hermosísimo.

El viento seguía soplando sobre Briman y los barcos seguían sin poder faenar más que en el estuario, pero el mar brillaba como una joya azul zafiro.

—¡Mabs! Soy la doctora Flemming. He traído otro médico conmigo. ¿Te importa que entre? —gritó ella, inclinándose bajo un saliente. Era una cueva. ¡La paciente vivía en una cueva! Christie desapareció un momento y después volvió a aparecer—. Dice que puedes entrar. Cuidado con la cabeza.

La cabeza y todo lo demás. Prácticamente había que tirarse al suelo para entrar en la cueva.

Pero aquello era fascinante.

Una vez dentro, Hugo tardó unos minutos en acostumbrarse a la oscuridad. La cueva se abría hasta formar una especie de habitación de

techo alto en la que, al menos, podía estar de pie.

La anciana, una nativa arrugada y diminuta, estaba tumbada sobre un montón de pieles y Christie se inclinó a su lado.

—Mabs, este es el doctor Tallent. Es de Brisbane.

—El hombre que se ahogó —murmuró la anciana—. Dicen que los espíritus lo salvaron.

—Más o menos —sonrió él—. Pero si no hubiera sido por Ben, no lo habría contado.

—Ben, sí. Me han dicho. Es un buen chico.

—Desde luego.

—No debe tener miedo de los espíritus, amigo. A mí vienen a buscarme, pero no tengo miedo. Es mi hora, ¿no, Christie?

Ella sonrió.

—Todavía no.

—Qué pena —susurró Mabs.

Al examinarla, Christie comprobó que se había quitado las gasas que cubrían sus úlceras.

—Me prometiste no hacerlo.

—Me dolía mucho.

—Pero no se curarán si te quitas las gasas. Le pedí a Cara que las cambiase todos los días. ¿No lo ha hecho?

—Lo hizo una vez y casi vomitó, la pobre.

—¿Te importa que el doctor Tallent eche un vistazo?

—Puede hacer lo que quiera.

—Date la vuelta, por favor. Quiero que te examine la espalda.

Hugo apretó los dientes. Cualquier paciente de Brisbane estaría chillando de dolor con aquellas úlceras. Y, además, tenía cáncer de huesos. Aquella pobre mujer debía estar sufriendo de una forma horrible.

—Me estoy cayendo a trozos.

—¿Está usted sola?

—Me gustaría estar sola —rio la mujer—. Pero no puedo. Si no es Cara es otra de mis hijas. O mis nietos. Tengo veintitrés. Pero yo quiero estar sola. Por eso vine aquí, para morir en paz en este sitio. Christie me da pastillas para el dolor y me subo al saliente cuando hace sol. Lo único que quiero es mirar el mar.

—¿Su familia le trae la comida? —preguntó Hugo, mirando alrededor.

Había una fogata, una manta en el suelo y varios recipientes. La cueva olía bien, de modo que alguien debía ocuparse de ella.

—Todo el mundo me cuida. Tengo suerte.

Christie estaba limpiándole las úlceras y aunque debía dolerle, Mabs no se quejaba. Que tenía suerte... Hugo la miró a los ojos y comprobó que lo decía en serio. Vivía en un sitio terrible, tenía una enfermedad que a cualquiera le daría pánico, pero se creía afortunada.

Pensó entonces en algunos de sus pacientes en Brisbane, los que se creían desgraciados por no tener el último modelo de Mercedes, y tuvo que sonreír, irónico.

Pero esas úlceras... Algunas eran tan profundas que parecían cortes de hacha. Era inhumano dejarla allí.

—¿Querría venir al hospital unos días?

—¿Al hospital? ¡No! —exclamó Mabs.

—No quiere venir —suspiró Christie.

—Estuve una vez en Briman, pero no me gustó nada. Este es mi sitio. Y, si por vivir aquí, me muero unos meses antes, ¿qué más da?

—Haremos lo que tú quieras, Mabs. Pero no te quites las gasas. Mañana, Mary Anne vendrá para explicarle a Cara cómo tiene que curarte y dentro de unos días lo hará sin ponerse enferma.

—No hace falta...

—Sí hace falta —la interrumpió Christie—. Deja que haga esto por ti. Deja que contenga un poco a los espíritus para que puedas mirar el mar unos meses más. ¿De acuerdo?

La anciana la miró durante unos segundos sin decir nada y ella sostuvo su mirada. Por fin, Mabs asintió.

—Eres una buena chica.

—Y tú una mujer muy fuerte. ¿Te dejarás las gasas?

—De acuerdo. No me importa sentir el sol en la cara durante unos meses más.

Después, Christie siguió curando las llagas. Hugo tenía el corazón encogido. Aquella mujer necesitaba injertos de piel, no vendas. Necesitaba morfina y radiaciones, pero solo podían hacer lo que ella les permitiera.

Poco después, una carita apareció en la entrada. Era un niño de unos diez años.

—He traído un pez, abuela. Lo he pescado yo mismo y voy a hacértelo de desayuno.

—Bien hecho —sonrió Christie, mirando la carita del crío—. Y luego ve a tu casa, Davo. Tengo que ponerte antibiótico en los ojos. Veo que te los sigues restregando.

—No...

—¿Quieres quedarte ciego, como la tía Arrantha?

—No, pero...

—Entonces, a tu casa. Es una orden —sonrió Christie—. ¿Nos vamos, Hugo?

Él estaba mirando a Mabs. Esas llagas jamás se curarían en aquella postura. Si pudieran cambiarla de posición de vez en cuando... Un simple colchón de hospital ayudaría.

Pero no podían meter un colchón en la cueva. Si lloviera, se mojaría y, al contrario que las pieles, estaría empapado durante una semana.

—¿Y una cama de aire? —dijo en voz alta.

—¿Cómo?

—Puede que eso funcione —murmuró Hugo, inclinándose hacia la mujer—. Mabs, no puedes decirme que esas úlceras no te duelen. ¿Y si te ponemos un colchón lleno de aire? Podrías poner las pieles encima y eso evitaría la presión del suelo en las heridas.

—No necesito...

—No necesitas nada, ya lo sé —la interrumpió él—. Pero estarías mucho más cómoda. Sé que los espíritus vendrán a buscarte dentro de poco y sé que no te importa. Pero me gustaría mucho regalarte ese colchón. Eso hará que tu partida sea más fácil.

Christie contuvo el aliento. Mabs siempre había rechazado cualquier ayuda que no fuera curar sus llagas.

—Muy bien —suspiró por fin la anciana—. Acepto tu regalo. Y espero que los espíritus te lo devuelvan con creces.

Capítulo 9

CÓMO has conseguido que dijera que sí? Si supieras las discusiones que he tenido con ella...

—Encanto masculino —sonrió Hugo.

—Ya, claro. ¿Y dónde se compra?

—Tú tienes tu propio estilo. Créeme, Christie, no necesitas una gota de encanto. Tienes todo el que hace falta.

Eso fue suficiente para dejarla callada hasta la siguiente visita.

No estaba lejos. Y, afortunadamente, aquella vez no era una cueva, sino varias cabañas de madera rodeadas de palmeras y follaje casi tropical, al borde de un riachuelo. Todas tenían el techo de uralita y un porche para sentarse a mirar las estrellas. Había columpios de madera para los niños y, aunque pobre, parecía una comunidad agradable.

—No son originarios de Briman. Los nativos de Briman fueron aniquilados casi en su mayoría por un inglés que apareció por aquí con harina llena de cianuro. Esta gente llegó aquí hace cinco o seis años.

—¿De dónde eran?

—No estoy segura porque ellos tampoco saben darme el nombre, pero del Norte de Australia. El gobierno se sentía culpable y les dio estas tierras. Por supuesto, después de robarles las suyas.

—Ya veo.

—Los antepasados de Mabs, un grupo de familias que se libró del cianuro, han vivido aquí durante cientos de años, pescando y cazando, pero cuando llegamos nosotros... bueno, ya sabes cómo somos los blancos. Los arrinconamos en Koori y aquí se han quedado.

—En las ciudades hay grupos de aborígenes que no encuentran su sitio.

—Sí, es verdad —suspiró Christie—. Al menos, aquí viven como quieren y conservan sus propias tradiciones.

—Lo raro es que te acepten como médico.

—Me ha costado, no creas. Tienen sus propios curanderos, pero sufren enfermedades occidentales y saben que esas yo las puedo curar. Vengo una vez a la semana porque se niegan a desplazarse, pero no es suficiente. Así que... ¿estás dispuesto a ayudar?

—Nada me gustaría más.

Si una semana antes alguien le hubiera dicho que iba a pasar cuatro horas sentado en la arena, examinando los ojos de un montón de nativos para comprobar si sufrían glaucoma, le habría dicho que estaba loco. Pero eso era lo que estaba haciendo. Y no habría querido estar en otro sitio.

Christie, que por fin podía contar con la ayuda de otro médico, había decidido exprimirlo bien.

—El mayor problema aquí son los ojos. La arena contiene partículas de cristal y el viento les golpea la cara continuamente, así que hay muchos pacientes con ceguera de mayor o menor grado, glaucoma, reacciones alérgicas...

Poco después, le presentó a Maree, una aborígen que hacía las veces de enfermera.

—Encantado.

Seguramente, Maree no era enfermera diplomada, pero allí las cosas se hacían de otra manera.

—Si le dices quién necesita antibióticos, ella se encargará de que se pongan las gotas todos los días.

Hugo examinó a docenas de niños y se sorprendió al descubrir la cantidad de dolencias de mayor o menor entidad que sufrían. Había uno tocándose la oreja y cuando le preguntó, el niño contestó que le dolía desde hacía tiempo. Una infección, por supuesto. Con la ayuda de Maree, Hugo procedió a limpiarla y recetar antibiótico.

Un adolescente que había pisado un banco de coral la semana anterior tenía ampollas en los tobillos. Si no hubiera sido atendido aquel mismo día, podría haber perdido un pie.

Otro, tenía fiebre.

—Maree me ha dicho que tengo que beber mucho.

Tuvo que tratar todo tipo de achaques, pero todo el mundo aceptaba el tratamiento con resignación, sin agobios. Incluso había que sacarles los

síntomas con sacacorchos. Desde luego, nada que ver con los pacientes de Brisbane. Ni siquiera con los de Briman.

Los niños, para quienes era una novedad, se reían de él.

—El médico que casi se ahoga —lo llamó uno de ellos. Hugo tuvo que sonreír.

Y Christie...

A ella solo la llamaban Christie y estaba claro que la trataban con mucho respeto. Seguramente, porque ella hacía lo mismo, pensó, observándola charlar con un grupo de niños sobre la importancia de lavarse los dientes. Había llevado una caja de cepillos y Maree y ella estuvieron media hora explicando cómo usarlos.

—Es importante que cada uno tenga el suyo. No se deben compartir —les decía, solemnemente—. Si Brenda tiene una infección en el estómago y le presta su cepillo de dientes a Davo, Davo tendrá una infección de estómago también.

Nada que ver con un hospital en Brisbane, desde luego. Sentía admiración por ella, por su paciencia, por el respeto que mostraba, por su dedicación... y cobrando un sueldo mínimo.

¿Podría hacer él lo mismo? Para que fuera posible, tendrían que cambiar tantas cosas...

El último capítulo. Tenía que concentrarse en el último capítulo de su libro.

No, se dijo a sí mismo, volviéndose hacia la niña que estaba examinando. Tenía que concentrarse en los ojos de Mary Bindii y en la fiebre de Anna Corragaba.

Lo demás, daba igual.

Terminaron a las seis de la tarde.

—No me lo puedo creer —suspiró Christie—. Tener la ayuda de otro médico es maravilloso. Si no hubieras venido, me quedarían dos o tres horas más.

Aquella mañana se había puesto unas gruesas botas porque, según ella, en Koori había muchas serpientes. Pero, por el aspecto de las botas, Hugo sentía pena por los reptiles.

Se había hecho una coleta y con aquellas pecas... parecía cualquier cosa menos un médico. Era una mujer deseable, bellísima, generosa...

¿Especialistas de un gran hospital? Ninguno podría compararse con la doctora Flemming.

—¿Estás cansada?

—No, qué va. ¿Quieres que cenemos en la playa?

Eso lo sorprendió. Había pensado portarse de forma amistosa hasta que se fuera de Briman. Pero una cena en la playa...

—¿Y tu abuelo?

—Los miércoles suele cenar en el hospital porque yo llego muy tarde a casa —contestó ella—. Por cierto, Maree me ha dicho que has convencido a los padres de Anna Corragaba para que la lleven al hospital.

—Tiene una fiebre altísima.

—Lo sé, pero es muy difícil para esta gente reconocer que están realmente enfermos. Son especiales... Por ejemplo, tú has conseguido que los padres de Anna la lleven al hospital, pero tardarán algún tiempo en llegar.

—¿Por qué?

—Porque irán andando.

—¿Nadie tiene un coche por aquí?

—No.

—¿No puedes enviar una ambulancia?

—¿Qué ambulancia? —sonrió Christie, señalando su coche—. Esa es mi ambulancia. Además, daría igual. Los de Koori no suben a un coche ni locos.

—¿Por qué?

Ella se encogió de hombros. Era una tontería compartir con él todos los problemas de la isla porque iba a marcharse, pero quizás las notas le irían bien para uno de sus largos informes.

—Si supieras los problemas que tenían antes de venir aquí... Los niños esnifaban gasolina. Algunos tienen el cerebro permanentemente dañado.

—¿Por eso no suben a un coche?

—Por eso los mayores de la comunidad han decidido que no quieren ver un coche ni a veinte kilómetros.

—Pero eso es absurdo —murmuró Hugo.

—Para ti y para mí, no para ellos. Hay que respetar sus creencias —sonrió Christie—. Tú también lo has hecho. No te he visto obligar a ninguno de los niños a tomar nada.

—Claro que no.

Era cierto. Los había convencido, persuadido. Les había explicado por qué hacía cada cosa hasta que se quedaban tranquilos.

Pero había una razón para todo ello: la mujer que estaba a su lado. La mujer que se había convertido en lo más importante de su vida.

—Anna llegará al hospital a medianoche. Los hombres la llevarán en brazos casi todo el camino. A las doce iré al hospital y seguro que me los encuentro en la puerta —dijo Christie entonces, guardando el maletín en el coche.

—Tengo la impresión de que es el apéndice.

Ella arrugó la nariz.

—¿De verdad? Maldita sea... Entonces tardaré dos horas en convencer a sus padres de que la dejen ir en avioneta a Townsville.

—Podríamos operarla nosotros —sugirió Hugo.

Christie sonrió. Era lo que quería. Lo que esperaba que hiciera siempre. Lo único que quería era quitarle aquella carga de los hombros, hacer que se sintiera feliz, verla sonreír...

—Eso sería estupendo. Hugo, si supieras... he visto morir a alguno de estos niños porque no recibían ayuda —dijo ella, cerrando los ojos. Hugo tuvo que contenerse, pero lo único que hubiera deseado hacer en ese momento era abrazarla con todas sus fuerzas—. Bueno, llevo el móvil. Si Anna llega al hospital antes de lo previsto, Eileen me llamará. Por el momento, tengo la cena en el maletero, así que ya podemos ir buscando una playa.

Aquella vez fue diferente. Ya no eran dos desconocidos y la relación había cambiado drásticamente.

Y los dos ponían mucho cuidado en no hablar del futuro.

Hugo, porque no sabía qué iba a depararle. Christie, porque sabía lo que la esperaba.

La soledad, pensaba, mientras tomaba un poco de pollo al curry que había sobrado de la noche anterior. Los días que estaba pasando con Hugo

en Briman la hacían percatarse de la soledad que le esperaba en el futuro. No solo una soledad íntima, sino profesional. Cuando él se fuera, volvería a trabajar horas y horas, angustiada cuando tenía un paciente al que no podía ayudar.

Hugo observaba su rostro en la semioscuridad. Hubiera querido decir un millón de cosas, pero no estaba preparado para hacerlo.

La quería tanto que hacerle daño era impensable. Era mejor marcharse.

Apenas probó el pollo, ni el café que Christie llevaba en un termo.

No había viento y las olas eran el único sonido en la solitaria playa. El único sonido junto a los latidos de su corazón.

La luna parecía colgada sobre el agua, dándole un brillo de plata.

Solo existía ese momento, pensó amargamente. La luna, la arena y aquella mujer. ¿Y si no volvía nunca?

—Tenemos que irnos —dijo, con la voz estrangulada.

Hugo se levantó y alargó una mano para ayudarla. Gran error. Quizá había tirado demasiado fuerte porque Christie terminó aplastada contra su pecho.

Pero no se apartó. Todo lo contrario. Lo miraba con los ojos brillantes, como esperando una explicación.

No debía. No podía hacerlo.

En dos días se habría marchado y... no sabía cuándo podría volver. O si podría volver. Dependía de tantas cosas.

Pero eso era el futuro. Christie era el ahora. Christie...

No debía. No podía.

Pero era imposible contenerse.

Hugo la envolvió en sus brazos y ella enredó los suyos alrededor de su cuello. Aquella mujer, aquellos ojos... se había convertido en parte de él.

Sus bocas se encontraron. El cuerpo femenino derritiéndose contra el suyo, como si fueran dos mitades de un todo. Dos mitades que se habían buscado durante toda la vida.

Era tan dulce, tan encantadora. Y era suya.

Y cuando se deslizaron hasta la toalla que Christie había tendido en la arena, no se apartaron ni un centímetro. Lo que los había separado hasta entonces parecía haberse disuelto, fragmentado para siempre.

Christie...

Necesita estar con ella desesperadamente; buscaba su piel, la perfección de su cuerpo... Y ella hacía lo mismo, con la misma desesperación.

¿Cómo alguien tan maravilloso podía desearlo? ¿Cómo no la había encontrado hasta entonces? Hugo descubrió que era un hombre incompleto sin ella.

Se apartaron durante unos segundos para tomar aliento y él intentó agarrarse al gramo de sensatez que le quedaba.

—Christie, no podemos...

—Están en mi maletín.

—¿Qué?

—Los preservativos —contestó ella.

—¿Los llevas para pasar la noche en la playa con tus amantes? —bromeó Hugo.

—Los llevo para dárselos a los adolescentes de Koori, bobo. Para que los usen cuando estén seguros de lo que quieren.

—Ah, ¿y tú estás segura?

—Más que nunca en mi vida —contestó ella, en voz baja—. Me muero si no me haces el amor ahora mismo, doctor Tallent.

Fue increíble.

Christie estaba en brazos de su amante, mirando las estrellas que empezaban a aparecer en el firmamento como silenciosos testigos de su amor.

No era su primera vez. Tenía veintiocho años y antes de llegar a Briman había tenido dos relaciones serias. Las dos veces, ellos querían casarse, pero la isla la llamaba demasiado.

Había pensado que era la isla. Pero no era verdad.

No quiso casarse con ninguno de los dos porque nunca había sentido lo que acababa de sentir con Hugo.

Si lo hubiera conocido en la universidad... ¿habría podido dejarlo para vivir en Briman? ¿Podría haberle dicho: «no, no quiero casarme contigo porque tengo que estar donde me necesitan»?

La respuesta tendría que haber sido la misma, pero se le habría roto el corazón. Como se le rompería dos días más tarde.

En los brazos de Hugo, se sentía... completa.

Y sabía por qué. Por primera vez en su vida, Christie Flemming estaba locamente enamorada. De un hombre que nunca podría ser parte de su vida.

Hugo la apretaba contra su pecho como si fuera un sueño.

Estaban desnudos sobre la toalla, cubiertos solo por la suave brisa del mar. No necesitaban nada más. Piel contra piel, ella era todo lo que había deseado siempre. Todo lo que nunca pensó encontrar estaba apretado contra su corazón.

Su Christie.

Nunca soñó que hacer el amor pudiera ser así. Era un acto placentero, por supuesto, pero aquello...

Era mucho más. Era como si sus corazones se hubieran besado.

Y sabía por qué. Aquella era la mujer con la que quería compartir el resto de su vida.

Tenía que decírselo.

¡No!

No podía. Christie estaba atrapada. No podía marcharse de la isla y, después de ver lo que hacía allí, él no podía pedirle que lo hiciera. La necesitaban en Briman y aquel era su sitio.

¿Y él?

Hugo había nacido y crecido en Brisbane. Su vida estaba en la ciudad.

Tantas complicaciones...

No, solo una en realidad. Su corazón dio un vuelco al pensarlo. ¿Debería hablar con ella? ¿Debería arriesgarse?

¿Y hacer promesas que no podría cumplir?

Lo que había entre ellos era demasiado precioso para ser ignorado. Si aquella noche era lo único que tenían... si tenía que recordar aquella noche durante toda su vida... que así fuera.

Hugo la miró a los ojos mientras volvía a hacerle el amor. Y, en ellos, vio todo lo que necesitaba. Y más.

Era su Christie.

Su amor.

¿Aquella noche o... para siempre?

OceanofPDF.com

Capítulo 10

ANNA llegó al hospital a las once y Eileen llamó a Christie enseguida.

—Hola.

Habían dejado el móvil sobre la toalla porque sabían que sonaría en algún momento. Aun así, Christie tuvo que hacer un esfuerzo para encontrar su voz.

—Hola. ¿Dónde estás? —preguntó Eileen.

Ya le gustaría saberlo.

—A unos tres kilómetros del hospital. ¿Qué ocurre?

—Anna Corragaba está aquí con sus padres.

—De acuerdo —suspiró Christie, intentando concentrarse. Pero las manos de Hugo se lo ponían muy difícil—. El doctor Tallent cree que es apendicitis, así que pone una vía. Está deshidratada, lleva varios días vomitando.

—Que le ponga doble suero —dijo él entonces. Al otro lado del hilo, Eileen ahogó una risita.

—Voy para allá —murmuró Christie, dándole un codazo.

Eileen había descubierto que Hugo estaba con ella... y tan pegado que podía oír la conversación por el móvil. De modo que media hora después lo sabría toda la isla.

—¿El doctor Tallent le pondrá la anestesia? —preguntó su descarada enfermera.

—Eso parece.

—Qué bien —suspiró Eileen, con voz soñadora.

Estupendo. Operar a alguien con sus enfermeras suspirando iba a ser un número.

Pero no tenía alternativa. Cuando llegaron al hospital, Anna estaba muy pálida. Era un caso severo de apendicitis.

—Deberíamos haberla traído en el coche —murmuró Hugo.

—¿Cómo? ¿A la fuerza? —replicó ella.

Estaba nerviosa. Más que eso, triste, compungida. Todo aquello era demasiado. Haber encontrado a Hugo y saber que iba a perderlo...

Le había entregado su corazón y poco después estaría hecho pedazos.

El apéndice no se había perforado, pero la infección era muy seria.

Su madre, una mujer llamada Penny, entró con ellos en el quirófano.

—Tiene que entrar —explicó Christie al ver la expresión de Hugo.

Pero él no pensaba protestar. Tenía demasiadas cosas en la cabeza.

Mientras operaban, la mujer observaba el procedimiento atentamente. Parecía confiar en ellos, pero no dejaba de vigilarlos.

Christie practicó una pequeña incisión y retiró el apéndice afectado, pero había que limpiar bien los tejidos para no acabar con un caso de septicemia.

Por fin, la operación terminada, miró a Hugo para comprobar que todo iba bien y empezó a cerrar la incisión. Penny, que no se había movido de su lado, pareció relajarse.

—Eso parece difícil.

—No es fácil, no. Pero creo que todo ha salido bien. El doctor Tallent le pondrá suero con antibióticos y la tendremos en el hospital durante una semana.

—¿Puedo quedarme con ella?

—Claro que sí. Puedes dormir en la otra cama —contestó Christie.

—Voy a decírselo a su padre.

—Dile que Anna se va a poner bien.

—Gracias a los dos. No sois malos... para ser blancos —rio la mujer.

—Y no se puede recibir mejor halago —murmuró Christie cuando Penny cerró la puerta—. Si supieras lo que esto significa...

—¿Qué? —preguntó Hugo. En su rostro podía leerse la tensión, pero no era solo por la niña.

—Nos ha dejado solos con su hija. Confía en nosotros.

Lo había dicho con voz ronca. Evidentemente, aquello era muy importante para ella.

Después, con Anna ya en la habitación y Penny durmiendo a su lado, volvieron a casa.

En la puerta, Christie tomó la cara de Hugo entre las manos y lo besó en los labios. Después, antes de que él pudiera reaccionar, se apartó.

—Siempre me acordaré de esta noche.

—Christie...

—No digas nada. Ha sido maravilloso, pero ya está. Tú tienes que irte y... necesitamos alejarnos un poco hasta entonces.

No esperó una respuesta. Sencillamente, entró en su dormitorio y cerró la puerta.

Y Hugo no podía ir tras ella.

Todavía no.

La vida siguió. Más o menos. Al día siguiente, llegó el padre de Hugo. Christie lo vio por la ventana, pero tenía que ir a trabajar a toda prisa.

Charles Tallent era una versión madura de su hijo: alto y fuerte, a pesar del marcapasos. El cabello de Hugo era castaño oscuro y el de Charles, blanco, pero sus ojos eran tan directos y francos como los de su hijo. Al verlo, Christie pensó que Hugo sería así cuarenta años más tarde y... su corazón se encogió.

Aquel día, jueves, tuvo que enfrentarse en la consulta con un paciente que se había dañado un nervio de la mano izquierda. Estuvo a punto de llamar a Hugo, pero pensó que unos días después no podría contar con él. Tenía que empezar a acostumbrarse.

Por fin, visitó a los pacientes ingresados y después volvió a casa. Los Tallent, padre e hijo, se habían instalado en la suya.

Hugo ya no vivía con ellos.

—Charles es un buen hombre —le dijo su abuelo—. Yo creo que vamos a llevarnos muy bien.

—Me alegro.

—Estará por aquí unos meses —siguió Stan—. Y como le gusta jugar a las cartas... ya tenemos nuevo compañero.

El corazón de Christie se encogió aún más. Esa era su vida. Su abuelo, su vecino, los juegos de cartas después de trabajar...

Un golpe en la puerta la sobresaltó. Era Hugo.

—Christie, quiero presentarte a mi padre —dijo, sonriendo.

Aquella sonrisa cada día le dolía más. Era como un puñal en el corazón. Al día siguiente, habría desaparecido de su vida.

Y cuando se volvió hacia Charles, comprobó que tenían la misma sonrisa. Ni siquiera con Hugo fuera de la isla, podría dejar de recordarlo, pensó.

—Hola, Christie —sonrió el hombre, tomando su mano—. Tú eres la chica que salvó la vida de mi hijo.

—Bueno...

—Me han dicho que había dejado de respirar.

—Sí, pero...

—Solo tengo dos hijos y si perdiera a alguno de ellos, me moriría —dijo el hombre—. Te debo mucho, Christie.

—Para eso estoy aquí —intentó sonreír ella—. A los médicos nos pagan por salvar vidas.

—De todas formas, gracias.

Hugo la miraba con expresión triste. Lo que había entre ellos era imposible y ambos lo sabían.

—¿Le apetece un café?

—No, gracias —dijo Hugo, nervioso—. Me marcho mañana y quiero acostarme temprano. El avión sale a las siete. Solo he pasado por aquí para presentarte a mi padre y decirte adiós.

—Pero volverás, ¿no, hijo? —preguntó su abuelo.

—No lo sé. Depende de... cuándo arreglen el barco. Aunque quizá, para llevarlo a Brisbane de vuelta, será mejor contratar una tripulación más seria que yo.

Christie se sentía enferma. Aquel era el adiós definitivo. No volverían a verse.

Hugo alargó la mano y Christie la estrechó, mirándolo a los ojos. No entendía lo que estaba pasando. ¿Se despedían con un apretón de manos?

O quizá sí lo entendía.

Hugo sentía lo mismo que ella. Quizá su corazón también estaba roto.

Él sabía, como Christie, que no podían estar juntos. Sabía que no podían amarse porque sus vidas eran muy diferentes.

De modo que era mejor terminar de una vez por todas. Lo antes posible.

—Adiós —susurró ella, pero no podía apartar la mano—. Yo... cuidaré de tu padre.

Hugo no podía soportarlo. Había querido decir adiós y volver a su casa, pero...

—Ven un momento. Solo un momento, Christie, por favor...

—Nosotros nos quedamos aquí —dijo Stan, comprensivo—. Vosotros salid y... aclarad las cosas.

Como si eso fuera posible.

No había nada que aclarar. Todo era demasiado complicado.

Sin embargo, Hugo la llevó al porche y allí... la besó.

Era lo que más deseaba hacer en el mundo. Era lo que deseaba hacer durante el resto de su vida.

Se ahogaba en aquel beso. Su Christie... su amor.

Pero tenía que terminar.

—Christie... tengo que decirte una cosa.

—No hace falta. No tienes que decir nada.

—Anoche, en la playa... yo quería hacerte el amor más que nada en el mundo. Pero tú sabes como yo que lo nuestro es imposible. Si te pido que te cases conmigo... no podrías, ¿verdad? No puedes dejar esta isla, tus pacientes, tus responsabilidades. Y yo no puedo dejar las mías.

—No puedo casarme contigo. Pero no te estoy pidiendo...

—Ya lo sé. Tú nunca pides nada. Solo das y das a todo el mundo. Y yo solo puedo darte una cosa.

—No te entiendo.

Hugo la apretó con todas sus fuerzas, besándola en el pelo.

—Te quiero, Christie. Quiero que lo sepas. Te quiero con todo mi corazón y si no puedo volver... al menos quiero que lo sepas. Mi padre sabrá dónde estoy. Si ocurre algo, si necesitas algo llámame. Prométeme que lo harás.

—Yo...

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

Si necesitaba algo. Lo necesitaba a él. Cada día, cada segundo, cada latido de su corazón.

Pero aquel era su sitio, su casa. Y Hugo tenía que marcharse. Fuera cual fuera su tormento privado, no tenía que ver con ella.

Pero la quería...

—Te quiero, Hugo —susurró Christie entonces con toda su alma—. Te quiero, pero sé que debes marcharte. Sé que vivimos en mundos diferentes, pero ha sido... precioso.

—Christie...

—Calla —murmuró ella, poniéndole un dedo sobre los labios—. Tienes que marcharte.

No había nada más que decir.

A las siete de la mañana, Hugo Tallent se despediría de la isla de Briman. Y de su corazón.

¿Para siempre?

—Es Hugo Tallent.

—¿Perdona?

Mary Anne acababa de entrar en la habitación de Liz Myers, donde Christie estaba comprobando los puntos de su amiga, con un periódico en la mano.

—Que es Hugo Tallent —repitió la enfermera, dejándose caer en el sillón—. Esta mañana estaba leyendo el periódico de Brisbane y la historia está en primera página.

—No te entiendo. Y, por cierto, podrías llamar antes de entrar, guapa.

—Ah, perdón. Pero Liz es mi amiga y yo también he tenido hijos, así que no creo que vaya a ver nada nuevo.

—Por mí no te preocupes. Me han mirado tantas veces que ya entro en las consultas con la ropa desabrochada —rio Liz—. Cuenta, Mary Anne.

—¿Recordáis que Ellie envió la historia del rescate a Brisbane?

Christie no quería hablar de Hugo.

—Tengo que irme.

—Tú no vas a ninguna parte —replicó Liz—. Sigue, Mary Anne.

—Nuestro Hugo es un autor famoso.

—¿Un autor famoso? Entonces, ¿no es médico?

—Claro que es médico. Pero, además, es un autor de éxito. Se llama Hugo Mainwaring.

—Mainwaring —repitió Liz—. ¿Hugo Mainwaring?

—Mira —dijo Mary Anne, mostrando el periódico.

Allí estaba, en la portada: *FAMOSO AUTOR SALVADO DE LA MUERTE*.

—Famoso autor —repitió Christie.

—Christie, no te enteras de nada. Hugo Mainwaring es uno de los novelistas más famosos del mundo. Escribe novelas de suspense y sus protagonistas siempre son médicos. Y la trama es increíble —exclamó Liz—. Hasta los más pequeños detalles cobran vida...

Como la operación de un perro, pensó entonces Christie. O cómo quitar un pulpo de un manotazo.

—Escribe una novela al año —explicó Mary Anne.

De modo que Hugo Tallent era Hugo Mainwaring. Un autor famoso. De ahí el dinero.

—Sale en todas las revistas... Ahora entiendo por qué me sonaba su cara —exclamó Mary Anne—. Y sus novias son siempre modelos... dicen que es el soltero de oro de Australia. Aunque no sé cuándo encuentra tiempo para salir con nadie. Entre la medicina y los libros... el pobre no creo que se case nunca.

—Si de verdad se enamora, lo haría. Y si una mujer lo quisiera de verdad, no le importaría compartir el poco tiempo que tenga —dijo Liz entonces.

—Sí, ya —replicó Christie—. ¿Estamos hablando de mí, señora Myers? Pues a mí no me apetece nada compartir las migajas de un hombre.

—Christie...

—Déjalo. Sabía que estaba siendo una tonta, pero no sabía cuánto. Hugo Mainwaring. Vaya, vaya. Cuando meto la pata, la meto hasta el fondo.

Después de aquella confesión, sus amigas no quisieron volver a sacar el tema. Después de todo, tenía razón. Ellas tampoco veían un final feliz en el horizonte.

Hugo se había marchado y solo quedaba el recuerdo. Y su padre, al que todo el mundo en la isla apreciaba.

Charles Tallent se había convertido en uno de ellos, pensaba Christie un mes después. Era un hombre inteligente, un erudito en realidad, pero que sabía hablar con los pescadores de la isla.

Y con su abuelo. Hablaban de literatura, jugaban al ajedrez, a las cartas...

Con Alf, el hombre que estaba reparando su barco, charlaba sobre el mar y sobre cómo los barcos «ya no eran como antes».

A menudo, cuando Christie pasaba por el puerto, lo veía charlando con Ben, su nuevo grumete o interesándose por las calificaciones de Mandy. Y había algo más... ¡sabía cocinar! Estaba claro de dónde había sacado Hugo Tallent su talento. O Hugo Mainwaring.

La noche que se marchó, Christie volvía a casa pensando que tendría que hacer la cena para su abuelo y para Charles, mientras disimulaba que su corazón estaba roto. Pero cuando llegó, sobre la mesa había un pastel de carne y una tarta de frambuesa.

—Es mi forma de darte las gracias. Todas las cenas que quieras por salvar a mi hijo.

—Ha cocinado en los mejores restaurantes —le dijo su abuelo, emocionado.

—Nunca he ganado millones con ello, como mi hijo con sus novelas —rio el hombre—. Pero me encanta.

—¿Cómo terminó en Brisbane?

—Mi mujer y yo teníamos que fijar nuestra residencia en alguna parte... por los niños. Ahora Peter se ha ido a las Bahamas y Hugo siempre está tan ocupado... Pero dejemos de hablar de mí. Tengo que dar de cenar a dos amigos.

Hugo llamaba de vez en cuando, les dijo Charles unas semanas más tarde. Y eso lo animaba. Pero, poco a poco, dejó de esperar esas llamadas y empezó a hacer amistades en la isla.

De modo que todo el mundo contento, pensaba Christie dos meses después. Incluso Gloria King parecía contenta. Para su asombro, la vio en la playa una noche tirándole una pelota a Scrubbit. No podía creerlo.

Final feliz para todo el mundo. Excepto para ella.

Capítulo 11

MABS Wasjarra murió un viernes por la noche, casi tres meses después de la partida de Hugo.

Al final de su vida, había necesitado inyecciones de morfina para soportar el dolor, pero no consiguieron llevarla al hospital. Mary Anne, Eileen y ella hacían turnos para estar con la pobre anciana.

Murió en paz, rodeada de su gente, pero Christie no pudo evitar las lágrimas. Y no eran solo lágrimas por su muerte, sino por algo mucho más profundo.

Cuando salió de la cueva, experimentó una desolación que amenazaba con abrumarla.

¿Por qué? Aquel era su destino. Ella misma lo había elegido.

Ella, como Mabs, había elegido cómo quería que fuera su vida.

Christie cerró los ojos durante largo rato.

Y cuando los abrió, Hugo estaba frente a ella.

Debía haber estado allí todo el tiempo, esperándola.

Christie solo podía mirarlo en silencio mientras se acercaba, con el corazón en la garganta.

—¿Ha muerto?

—Sí.

—Mi padre me dijo que estabas aquí. ¿Ha muerto en paz?

—Afortunadamente —contestó ella.

—Me alegro —murmuró Hugo, mirando alrededor—. Este es un buen sitio para morir.

—Es precioso.

Silencio.

—Quizá ha sido el destino lo que me ha hecho volver precisamente hoy. La vida y la muerte... —dijo él entonces, tomando su mano—. Christie, yo

también deseo vivir aquí. Y aquí deseo tener a mis hijos. ¿Quieres casarte conmigo?

—¿Qué?

Debía haber oído mal. Sin embargo, Hugo la miraba con tal intensidad, con tal amor... No, no había oído mal.

Su Hugo.

Llevaba un traje de chaqueta, mientras ella llevaba una camiseta arrugada y unos viejos vaqueros. Después de trabajar todo el día debía estar espantosa, pero él la abrazó con los ojos llenos de amor. A Hugo le daba igual su aspecto.

Sin embargo, nada había cambiado. ¿Cómo podía pedirle que se casara con él?

—No estoy pidiéndote que dejes la isla. Nunca lo haría.

—Hugo...

—Escúchame —la interrumpió él—. No podía decirte esto antes, pero... sigues queriéndome, ¿verdad?

—Sí —contestó ella.

No había nada más que decir. En los brazos del hombre que amaba solo podía decir la verdad.

Hugo dejó escapar un suspiro, como si hubiera estado conteniendo el aliento.

—Y yo sigo queriéndote a ti, Christie. Te quiero más que a mi vida. Desde que te vi... y cada día es más fuerte. Pero no sabía cómo podíamos solucionar esto. No podía decirte...

—¿Qué? —murmuró ella. Tenía miedo. Aquello era como un sueño del que temía despertar—. ¿Qué no podías decirme?

—Mi padre dejó a un lado sus sueños para cuidar de su familia. Mi madre era una persona frívola que nunca entendió el valor del dinero y mi hermano... bueno, mi hermano es un desastre. Mi padre podría haber sido el cocinero más famoso del mundo, Christie. Ese era su sueño, pero lo dejó por mi madre y por nosotros. Y ahora, ella se ha ido y Peter está, como siempre, donde le da la gana, así que yo soy lo único que tiene.

—Pero...

—No podía dejarlo solo. A pesar de haber conocido a la mujer más maravillosa del mundo con la que quería pasar el resto de mi vida. Mi padre está bien ahora, pero tiene un problema de corazón. Si él hubiera seguido en

Brisbane mientras yo estaba aquí no habría podido atenderlo. Quizá debería haber pensado solo en ti y en mí, pero...

—Me alegro de que no lo hayas hecho, Hugo. Yo tampoco podría dejar solo a mi abuelo. Y te quiero más por preocuparte de tu padre —sonrió ella—. ¿De verdad quieres vivir aquí?

Su corazón latía desbocado y el mundo parecía estar patas arriba.

—Claro que sí. He trabajado muchos años como anestesista y me gusta. Pero la verdad es que mi carrera como autor ha despegado de tal forma...

—Mary Anne me dijo que eras escritor.

—Escribí el primer libro como diversión, pero fue un éxito, así que seguí escribiendo. Quizá debería habértelo confesado, pero como no confiabas mucho en mí como anestesista... Y luego me enamoré de ti. Pero no sabía cómo iba a poder conjugar mi vida profesional, mi padre y a ti.

Christie apenas se atrevía a respirar.

—¿Sigues queriendo practicar la medicina?

—Soy médico. Christie, podemos trabajar juntos y puedo seguir escribiendo aquí. Tendremos una vida maravillosa.

—¿De verdad?

—De verdad —sonrió él—. Tú y yo. Y mi padre y tu abuelo.

—Ahora entiendo.

—¿Qué entiendes?

—Por qué trajiste a tu padre a Briman y lo dejaste solo.

—¿Lo entiendes de verdad? Si le hubiera pedido que viniera, él habría aceptado, pero yo tenía que estar seguro de que iba a ser feliz aquí. Tenía que estar seguro, Christie —dijo Hugo, con lágrimas en los ojos—. La semana pasada me dijo que había decidido quedarse en Briman y entonces supe...

—¡Oh, Hugo! Mi Hugo...

—Yo también he decidido quedarme aquí —susurró él, estrechándola entre sus brazos—. Yo también, mi amor. ¿Qué me dices? ¿Quieres casarte conmigo? ¿Puedes soportar otro médico en la familia? ¿Y un escritor... y un marinero fracasado?

—Hugo...

Pero la palabra ya no era solo la repetición de su nombre. Era una promesa.

—Cásate conmigo, Christie. Dame el final feliz que he buscado toda mi vida.

No había necesidad de responder. Christie tomó su cara entre las manos y lo besó con toda su alma.

Tras ellos, en la cueva, los espíritus se habían llevado a la vieja Mabs.

Pero habían dejado de regalo aquel gran amor. Aquella vida nueva que acababa de empezar.

A partir de aquel momento.

OceanofPDF.com

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com

[*OceanofPDF.com*](http://OceanofPDF.com)